sadas. Pero en su frugal colación gozaba viendo comer á su [illegible]ida, cuyo apetito era tal que en presencia de él no había más remedio que alabar á Dios.

"Hija, tus ganas de comer son una bendición de Dios. Te estoy mirando y al paso que te envidio, me felicito de verte tan bien agarrada á la vida. Así, así me gusta. A vivir se ha dicho. No te dé vergüenza de comer bien, y puesto que lo hay, aplícate todo lo que puedas, que día vendrá... ojalá que no. Ya ves qué contraste, yo voy para abajo, tú para arriba. Cuando digo que tienes lo mejor de la vida por delante. Y buena tonta serás si no engordas todo lo que puedas, y te pones las carnes aun más duras y apelmazadas si es posible. Así eran las mías, porque la verdad, chulita de mi alma, yo he tenido un diente como pocos. Figúrate si con esas tragaderas, estarás bien dispuesta para el amor. Pero lo que importa es cortar las tonterías. Eso es lo que me hace cavilar y no pienso en otra cosa. En primer lugar hay que cortar todo lo que no sea práctico, eminentemente práctico. Yo quisiera que te aprendieras esto de memoria.

Después de esto y mientras Fortunata se comía una cantidad inapreciable de pasas y almendras, cogiéndolas del plato una á una y llevándoselas á la boca sin mirarlas, [illegible] siguió sus habladurías con cierto desconcierto, y como desvariando. A ratos parecía incomodado, expresándose cual si refutara opiniones que acababa de oir, y daba golpes en el brazo del sillón y se acaloraba.

M.C.D.2020

3.ª

"Si siempre he sostenido lo mismo, si no es de ahora esta opinión. El amor es la reclamamación de la especie que quiere perpetuarse, y al [redacted] de esta fuerza misteriosa de la Naturaleza, los sexos se buscan y las uniones se verifican por elección fatal, superior y extraña á todas las combinaciones de la sociedad. Míranse un hombre y una mujer. ¿Qué es? La exigencia de la especie que pide un nuevo sér, y este nuevo sér reclama de sus probables padres que le den vida. Todo lo demás es música, [redacted] nas é invenciones de los que han querido hacer una sociedad en sus gabinetes, fuera de las bases inmortales de la Naturaleza. Si esto es claro como el agua. Por eso me río yo de ciertas leyes y de todo el código penal social del amor que es un fárrago de tonterías inventadas por los feos, los [redacted] y los sabios estúpidos que jamás han obtenido los favores de una hembra.

Fortunata le miraba con sorpresa mezclada de [redacted], el codo en la mesa, el busto derecho, en una actitud airosa y elegante, llevando pausadamente del plato á la boca, ahora una pasita, ahora una almendrita. Feijóo le cogió la barbilla entre sus dedos, diciéndole con cariño: "¿Verdad, chulita, que tengo razón? ¿Verdad que sí?... ¡Ay, qué será de mí, chulita, cuando yo me muera!... ¿Y en lo que me queda de vida, si ésta se prolonga y voy más para abajo todavía?... Hay que preverlo todo, [redacted]. Me ha entrado un desasosiego... Qué gruesa estás y qué hermosota, y yo... yo... concluído, absolutamente concluído. Soy un reloj que dió ya su última campanada, y [redacted]

—No—murmuró Fortunata frotándole el pecho con su cabeza,—no... Todavía...

M.C.D.2020

—¡Ay, qué ilusión! Yo acabé. El estómago me pide el retiro. Hay algo en mí que ha hecho dimisión; pero dimisión irrevocable, función concluída, funciones que pasaron á la historia. Es preciso prevenir... ¡Pero qué vigor tienes! Me levantas en vilo como si fuera un niño. ¡Qué fuerza! Ya; la buena vida. Come, come todo lo que puedas, que el mundo es ahora para tí.

Fortunata se reía, y para calmarle aquel desasosiego que sus extraños pensamientos y aprensiones le causaban, prodigóle aquella noche, hasta que se separaron, los cariños y cuidados de una hija amantísima con el mejor de los padres.

VI

Al siguiente día, Feijóo le dijo al entrar: "Hoy es la primera vez que he tenido que tomar un coche desde la Plaza mayor aquí. Hasta ahora las piernas se han defendido; estas piernas que han hecho marchas de seis leguas en una noche... Tengo el coche á la puerta. Vente conmigo y vamos á dar una vuelta por las rondas del Sur. Fortunata no pensaba más que en complacerle, siempre que paseaban juntos, aunque fuera por sitios apartados, temía encontrarse á Maximiliano ó á doña Lupe á la vuelta de una esquina. Esta idea la hacía temblar. Ultimamente se sobreponía á este temor, diciéndose: "Bueno; pues los encuentro, ¿y qué?

Pasearon tuvieron ningún encuentro desagradable. Dos días después don Evaristo no fué á la casa, y en su lugar llegó el criado con una esquelita, llamar. El señor había pasado muy mala noche, y el médico le había ordenado que se quedase en la

cama. Corrió allá Fortunata muy apenada, y le vió incorporado en el lecho, afectando tranquilidad y alegría. "No es nada de particular—le dijo, haciéndola sentar á su lado.—El médico se empeña en que no salga hoy. Pero no estoy mal, casi estoy mejor que los días pasados. Sólo que como no tengo costumbre de encamarme... Desde que pasé la fiebre amarilla en Cuba hace cuarenta años, no sabía yo lo que son sábanas á las cuatro de la tarde. ¡Qué ganas tenía de verte! Anoche me entró como una angustia... Creí que me moría, sin dejarte arreglada una vida práctica, esencialmente práctica. Por lo que pueda suceder, te voy á decir lo que desde hace días tengo pensado. Verás qué plan. Al principio puede que te escueza un poco; pero... no hay otro remedio, no hay otro remedio.

Inclinóse del lado en que ella estaba, para poner su boca lo más cerca posible de su oído, y le disparó cara á cara estas palabras:

"Resultado de lo mucho que cavilo por tí. Es preciso que te vuelvas á unir á tu marido.

Contra lo que esperaba, Fortunata no hizo aspavientos de sorpresa. Puso, sí, una carita muy monamente afligida, y alzando la voz, dijo:

"Pero eso, ¿será posible?

—No necesitas alzar mucho la voz. Hoy estoy mucho mejor de la sordera. Por este oído izquierdo me entra todo perfectamente, y no sale por el otro. ¿Dices que si será posible? De eso se trata. Ya he tanteado el terreno. Esta mañana estuvo Juan Pablo á verme y le eché una chinita. Has de saber que anteayer me encontré á doña Lupe en la calle y le eché otra chinita.

—¿Ellos saben...?—preguntó Fortunata con los labios muy secos.

—¿Esto?... no te lo puedo asegurar. Quizás lo sospechen; pero oficialmente no saben nada, al menos por mí.

—¡Ay! no me podía usted decir nada—manifestó Fortunata dándose un lengüetazo en los labios, que se le secaban más todavía...—nada que me fuera más antipático, más...

—Yo lo comprendo...

—Si tú no te has de morir—dijo Fortunata irguiéndose con brío, en son de protesta.—Si te pondrás bueno...

Feijóo había cerrado los ojos, y se sonreía en las tinieblas de su meditación. Fortunata callaba mirándole. Con aquella sonrisa, que parecía la que les queda á algunas caras después que se han muerto, contestaba D. Evaristo mejor que con palabras.

"¿Y á Nicolás no le ha echado usted otra chinita?—preguntó Fortunata después de una pausa, queriendo alegrar conversación tan lúgubre.

—No, porque no le he visto. Es el más bruto de todos. Tú créeme; si ganamos á doña Lupe, todos los demás bajarán la cabeza, incluso tu marido. Doña Lupe es la que manda allí, y peor para ellos si no mandara.

—¡Oh! yo dudo mucho que quieran... Les jugué una partida muy serrana—dijo Fortunata, gozosa de encontrar un argumento contra aquel plan tan opuesto á su gusto,—pero muy serrana. Lo que yo hice es de eso que no se puede perdonar.

—Todo se perdona, hija, todo, todo—dijo el enfermo con indulgencia empapada en escepticismo.—Por muy grande que nos figuremos la masa de olvido derramado en la sociedad como elemento reparador, esa masa supera todavía á todas nuestras presunciones. El bien y la gratitud son limitados; siempre los encontramos cortos. El olvido es infinito. De él se deriva el

vuelta á empezar sin el cual el mundo se acabaría.

—¡Oh! no, no es posible... No tienen vergüenza si me perdonan.

—Eso, allá ellos... Lo que me importa á mí es que tú quedes en una situación correcta y sobre todo... práctica. Tienes tú en tí misma poca defensa contra las ~~tonterías~~ de la vida. Si te dejo sola, aunque te asegure la subsistencia, te dejarás arrastrar de tus propias pasiones y volverás á la vida mala. Necesitas un freno, y ese freno es la legalidad, ~~frano que~~ no será molesto si lo sabes llevar... si sigues los consejos que te voy á dar. Tonta, tontaina, si todo en este mundo depende del modo. Nada es bueno ni malo por sí. ¿Me entiendes? Ojo al corazón es lo primero que te digo. No permitas que te domine. Eso de echar todo por la ventana en cuanto el corazón ~~dice aquí estoy~~, es un disparate que se paga caro. Hay que ~~darán lo que le pertenece; pero con medida,~~ dando también ~~á los respetos del mundo~~ la parte que les corresponde. Si no, lo echas todo á rodar, y no hay vida posible. Á tí te asusta el hacer vida común con tu marido porque no le quieres...

—Ni tanto así; no le quiero, ni es posible que le quiera nunca, nunca, nunca.

—~~Inconsiderada~~. Pues todo se arreglará, hija, todo se arreglará... No te apures ni pongas esa cara tan afligida. Hablarémos despacio. Por hoy no quiero calentarte la cabeza, ni calentármela yo, que bastante he charlado ya, y empiezo á sentirme mal. ~~Quedó~~ la cosa aprobada en principio... en principio.

Quedóse dormido el buen señor, que por haber pasado muy mala noche, tenía sueño atrasado, y Fortunata permaneció á su lado sin chistar ni moverse por no turbar su descanso. Examinaba la habitación y habría deseado poder ~~escudriñar~~ la casa toda, ~~por saber cómo era el rincón de su excelente amigo~~. De

lo que en la alcoba observaba, sacó el conocimiento de que la casa estaba muy bien puesta. D. Evaristo, que tan práctico en la vida social, debía de serlo singularmente en la doméstica, y, conforme á sus ideas, lo primero que tiene que hacer un hombre en este valle de es buscarse un buen agujero donde morar y de él un perfecto molde de su persona. Feijóo soltero y con fortuna suficiente para quien no tiene mujer ni chiquillos ni familia próxima, vivía en venturosa soledad, bien servido por criados fieles, dueño absoluto de su casa y de su tiempo, no privándose de nada que le gustase, y teniendo todos los deseos cumplidos en el filo mismo de su santísima voluntad. Más que lujo, reinaban en la casa la comodidad y el aseo. [illegible] una doña Paca, gallega, que había sido dueña de una casa de huéspedes distinguidos y recomendados, en la cual vivió Feijóo mucho tiempo, y completaban la servidumbre una cocinera bastante buena y un criado muy callado y ya algo viejo, que había sido asistente de D. Evaristo.

Éste despertó como á la media hora de haberse dormido, y restregándose los ojos y gruñendo un poco, asombróse de ver allí á su amiga y se acercó para mirarla. Viéndola reir, vino á encontrarse en el punto en que habían dejado las ideas en el momento de dormirse, y se expresó así:

"Pues con el sueñecito que he echado perdí la situación, chica, y al despertar, no me acordaba de que habías quedado ahí... Y al verte ahora, me decía yo, en ese estado de torpeza que divide el dormir del velar; ¿pero es ella la que veo? ¿Cómo y cuándo ha venido ésta?...

Sacó su mano de entre las sábanas para tomar la de ella, y recogiendo al punto las ideas que se habían dispersado, le dijo: "Fíjate bien en una cosa y es que doña Lupe *la de los Pavos*, que es la persona de más entendimiento en toda esa familia, no se ha de llevar mal contigo, si tienes tacto. Lo que á doña Lupe le gusta es mangonear, dirigir la casa, y dárselas de consejera y maestra. Hay que darle cuerda por ahí, y dejarla que mangonee todo lo que quiera. El gobierno de la casa lo ha de llevar mucho mejor que tú, porque es mujer que lo entiende: la conozco bien, y la traté bastante cuando vivía su marido que era amigo y paisano mío. De modo que dejándola que se explaye á su gusto en todo lo que sea el mete y saca de la vida doméstica podrás conservar tu independencia en todo lo demás orden de cosas. No sé si me entenderás ahora, pero ya te lo explicaré mejor. En último caso, si algún día tuvieras un choque con ella, te plantas y le dices: ea, señora, yo no me meto en lo que es de su incumbencia de usted. No se meta usted en lo que es de la mía.

Se había hecho de noche y los dos interlocutores no se veían. Feijóo llamó para que trajeran luz, y cuando la trajo la doña Paca, la primera claridad que se esparció por la habi-

M.C.D.2020

tación, sirvió al ama de llaves para examinar con rápida inspección el rostro de la amiga de su señor, diciéndose: "ésta es la pájara que nos lo ha trastornado.„ Aquella inspección recelosa de criado que espera heredar, fué seguida de diferentes pretextos para permanecer allí con objeto de ver si pescaba algo de la conversación. Pero mientras Paca estuvo en la alcoba haciendo que ordenaba las cosas y moviendo los trastos y revisando las medicinas, D. Evaristo no desplegó los labios. Miraba á su ama de llaves y su sonrisa maliciosa quería decir: "tú te cansarás.„

Así fué. Retiróse el ama, y D. Evaristo volvió á su tema: "Lo primero que has de tener presente es que siempre, siempre, en todo caso y momento, hay que guardar el decoro. Mira, chulita, no me muero hasta que no te deje esta idea bien metida en la cabeza. Apréndete de memoria mis palabras, y repítelas todas las mañanas á renglón seguido del Padre nuestro.

Como un dómine que repite la declinación á sus discípulos, machacando sílaba tras sílaba, y parece que se las va claveteando en el cerebro á golpes de maza, D. Evaristo, la mano derecha derecha en el aire, actuando á compás como un martillo, iba incrustando en el intelecto de su alumna estas palabras:

"Guardando... las... apariencias, observando... las reglas del respeto que nos debemos los unos á los otros... y... sobre todo, esto es lo principal... no descomponiéndose nunca oye lo que te digo... no descomponiéndose nunca... (A la segunda repetición del concepto, la mano del dómine quedábase suspendida en el aire y sus cejas arqueadas en mitad de la frente, sus ojos extraordinariamente iluminados, denotaban la importancia que daba á este punto de la lección) ... no descomponiéndose nunca, se puede hacer lo que se quiere.

— Después le entró tos. Doña Paca se apareció dando gruñidos y diciendo que la tos provenía de tanto hablar, contra lo que el médico ordenaba. "A usted no le ha de matar la enfermedad, sino la conversación... A ver si toma el jarabe y cierra el pico.„ Para atenuar el efecto de esta salida un tanto descortés, estando presente una visita, doña Paca agració á Fortunata con una sonrisilla forzada. ¿Cuál de las dos daría al enfermo la cucharada de jarabe? Quiso hacerlo [illegible]; pero Fortunata anduvo más lista. El amo tomó su desquite, arrojando una observación de autoridad disciplicente á la cara de la enfermera [illegible]. "Eso es, equivóquese usted... déle el cloral en vez del jarabe, y la hacemos...„

"¿Pero no es esta la medicina?

—Esa es, sí... pero podía usted haberse equivocado. Para eso estoy yo aquí.

—Que me dé lo que quiera—[illegible] Feijóo con burlesca incomodidad.—¿A usted qué le importa, doña Paca?...

—Es que...

—Bueno; aunque me envenenara. Mejor.

VII

Al verse otra vez en su casa y sola, Fortunata no podía con la gusanera de pensamientos que se le había metido en el cerebro. ¡Volver con su marido! ¡Ser otra vez la señora de Rubín! Si un mes antes le hubieran hablado de tal cosa, se habría echado á reir. La idea continuaba teniendo para ella una extrañeza dolorosa; pero después de lo que oyó al señor de Feijoo, no le parecía tan absurda. Llegaría á considerarla posible y hasta conveniente. Un [illegible] de su alma le decía que sí, aunque las antipatías que los Rubín le inspiraban no se extinguieran. Que D. Evaristo se moría pronto era cosa indudable. No había más que verle. ¿Qué iba á ser de ella, privada de la dirección y consejo de tan

excelente hombre?... ¡Cuidado qué sabía el tal! Toda la ciencia del mundo la poseía al dedillo, y la naturaleza humana, *el aquel de la vida* que para otros es tan difícil de conocer, para él era un ~~compendio abreviado~~ que se sabía de memoria. ~~Todo lo había visto, todo lo tenía muy me~~ ~~dido y pesadito.~~ ¡Qué hombre!

Así como en las mutaciones de cuadros disolventes, á medida que unas figuras se borran van apareciendo las líneas de otras; primero una vaguedad ó presentimiento de las nuevas formas; después contornos; luégo masas de color, y por fin, las actitudes completas, así en la mente de Fortunata empezaron á esbozarse desde aquella noche, cual apariencias que brotan de la nebulosa del sueño, las personas de Maxi, de doña Lupe, de Nicolas Rubín y hasta de la misma Papitos. Eran ellos que salían nuevamente á luz, primero como espectros, después como seres reales. ~~A la madrugada, ya Fortunata, que no había podido dormirse, los oía~~ hablar y reconocía hasta los gestos más insignificantes que ~~constituían~~ de su sueño. Medio dormida, sostuvo animada contienda con doña Lupe, porque ella naturalmente... la dejaba mangonear libremente en todo lo que fuera el gobierno de la casa; pero no permitía... "Señora—le dijo con alardes de entereza.—Ya sabe usted que no me meto en sus incumbencias. ¿Para qué se mete usted en las mías?„... Y doña Lupe se daba á partido y transigía en aquella sabia división de ~~las esferas de~~ actividad doméstica.

Levantóse Fortunata muy tarde y recibió un recado de su amigo ~~en que le decía~~ diciéndole que estaba mejor y que se levantaría y saldría á la calle ~~si el día estaba bueno~~. Esperó su visita, y en tanto no cesaba de ~~pensar~~ cavilar en lo mismo. La gratitud que hacia Feijóo sentía, era más viva aún que antes, y habría deseado que la vida que

con él llevaba continuase. Era una vida algo tediosa, tan que no debía ambicionar mejor. "Si durara mucho esto, ¿llegaría á cansarme y á serme imposible esta sosería? Puede que sí." El apetito del corazón, aquella necesidad de querer fuerte, le daba sus desazones de tiempo en tiempo, produciéndole la ilusión triste de estar como encarcelada y puesta á dieta rigurosa. Pero se conformaba; quizás cada día se conformaba menos... Quizás veía con agrado en las lontananzas de su imaginación algo nuevo y desconocido que interesara profundamente su alma y pusiera en ejercicio sus facultades que se desentumecían después de una larga inactividad.

Don Evaristo llegó en coche á eso de las cuatro muy animado y le mandó que le hiciera un chocolatito para las cinco. Esmeróse ella en esto, y cuando el buen señor tomaba con gana su merienda, le dijo entre otras cosas que si seguía mejor, al día siguiente hablaría con Juan Pablo, planteándole la cuestión resueltamente. "Y también te digo una cosa. No veo la razón de que tu marido te sea tan odioso. Podrá no ser simpático; pero no es mala persona. Podrá no ser un Adonis; pero tampoco es Mujeres hay casadas con hombres infinitamente feos y viven con ellos; allá tendrán sus encontronazos; pero se arreglan y viven... Tú no seas tonta, que no sabes la que tienes en ser casada, en tener un nombre y una etiqueta decorosa en el casillero de la sociedad. Si sabes sacar partido de esto, serás feliz. Casi estoy por decirte que mejor te cuadra un marido como el que tienes, que otro de mejor tampa porque si no eres tonta harás de él lo que quieras. Me han dicho que desde la separación está muy taciturno, muy dado á sus estudios, y que no se le conocen trapicheos ni aventuras... Por grandes que sean sus resentimientos, creo que en cuanto le hablen de volver contigo, se le hace la boca agua.

Fortunata, sonriendo, dió á entender su incredulidad.

"¿Que no? ¡Ay, chulita! tú no conoces la naturaleza humana. Cree lo que te he dicho. Maximiliano te abrirá los brazos. ¿No ves que es como tú, un apasionado, un sentimental? Te idolatra, y los que aman así, con esa locura, se pirran por perdonar. Es su mayor gusto. Tú déjate querer, grandísima tonta, y hazte cargo de que se te presenta un ancho campo de vida... si lo sabes aprovechar.

Esto del ancho campo avivó en la mente de Fortunata aquel naciente anhelo de lo desconocido, del querer fuerte sin saber cómo ni á quién. Lo que no podía era compaginar esperanza tan vaga con la vida de familia que se le recomendaba. Pero algo y aun algos se le empezaba á clarear en el entendimiento.

Feijóo mejoró sensiblemente en los días que siguieron al arrechucho aquel. Recobró parte de sus fuerzas, parte del buen humor, y las presunciones de próxima muerte se desvanecieron en su espíritu. Mas no por esto desistió de llevar adelante un plan que había llegado á ser casi una manía, y absorbía todos sus pensamientos. Decidido á hablar con Juan Pablo, fué á verle una mañana al café de Madrid, donde tenía un rato de tertulia antes de entrar en la oficina, pues al fin Villalonga, por recomendación del mismo Feijóo, después de la credencial de diez mil que le diera á raíz de la Restauración, dióle otra de catorce mil en Penales. No estaba contento ni mucho menos con esto el orgulloso Rubín, y se quejaba de que una amistad sagrada le hubiera puesto en el compromiso de aceptar un destino de la Restauración. Por supuesto que la situación no duraba ni podía durar. Cánovas no sabía por dónde andaba. Entre tanto, y supiera ó no don Antonio lo que traía entre manos, ello es que Juan Pablo se había comprado una chistera nueva, y tenía el proyecto de trocar su capa, algo deshilachada de ribetes y mugrienta de forros, por otra mejor. Eso al menos íbamos ganando.

Pero estas transformaciones de ropa publicaban en los círculos políticos y en toda Ma-

drid [illegible] cambiado instituciones, ningún signo de la mudanza histórica era más notable que el que consigo llevaba D. Basilio Andrés de la Caña al estrenar la levita de paño más bramoso que se podía ver: á los seis días de colocado, ya su hombre parecía otro. Hundióse en los abismos del [illegible] la levita antigua, con toda su mugre, testimonio lustroso de luengos años de cesantía y de arrastrar las mangas por las mesas de las redacciones. Completaba el buen ver de la levita un sombrero de moda, y el gran D. Basilio parecía un sol, porque su cara echaba lumbre de satisfacción. Desde que entró á servir *en su ramo* y en la categoría que le cuadraba, estaba el hombre que no cabía en su levita. Hasta parecía que había engordado, que tenía más pelo en la cabeza, que era menos miope, y que se le habían quitado diez años de encima. Se afeitaba ya todos los días, lo que en realidad quitaba [illegible] la fisonomía. No quiero hablar de las otras muchas levitas y gabanes flamantes que se veían por Madrid, [illegible] de las señoras que trocaban sus [illegible] por elegantes [illegible]. Este es un fenómeno histórico muy conocido. Por eso cuando pasa mucho tiempo sin [illegible] cambio político, están que trinan los sastres y mercaderes de trapos, y con sus quejas acaloran á los descontentos y [illegible] á los revolucionarios. "Están los negocios [illegible] parados,"—dicen los tenderos;—y otro resuella también por la herida diciendo: "No se protege al comercio ni á la industria...."

Cuando Feijóo [illegible] café de Madrid, Juan Pablo no había llegado aún, y decidió esperarle en el sitio que su amigo acostumbraba ocupar. Á poco entró D. Basilio presuroso, [illegible] levita nueva, el palillo entre los dientes, y se dirigió al mostrador con ademanes [illegible]. "Que me lleven el café á la oficina—dijo en voz alta, mirando al reloj y haciendo un gesto, por el cual los circunstantes podrían comprender, sin necesidad de más explicaciones, el cataclismo que iba á ocurrir en la Hacienda si D. Basilio se retrasaba un minuto más.

13ª

15

"Hola, D. Evaristo—dijo deteniéndose un instante á estrecharle la mano.—¿Cómo va la salud...? ¿Bien? Me alegro... Cuidarse... Muy ocupado... Junta en el despacho del jefe... Abur.

—Buen pelo echamos, ¿eh?... Sea enhorabuena. Yo tal cual. Adios.

Al quedarse otra vez solo, D. Evaristo arrugó el ceño. Se le ocurrió una contrariedad que estribaría su plan. Porque cuando iba al café había preparado por el camino el discurso que le espetaría á Juan Pablo. Este discurso empezaba así: "Por casualidad he descubierto á la pobre mujer de su hermano de usted viviendo en el más grande apartamiento, arrepentida ya de su falta, indigente y sin amparo alguno..." y por aquí seguía. Pero esto era insigne torpeza, porque si después de encarecer lo tronada y hambrienta que estaba Fortunata, la veían tan [illegible]... No, de ninguna manera. Había que emplear otra orden de argumentos. Difícil lillo era compaginar la lozanía de la señora de Rubín con su desgracia. ¿Y cómo evitar que del indicio de aquellas hermosas carnes y de aquel color admirable indujeran los parientes la certeza de una vida regalona, alegre y descuidada?... Un rato estuvo Feijóo discurriendo cómo probar que no tiene nada de particular que las personas afligidas engorden, y aún no había logrado construir su plan lógico, cuando llegó Juan Pablo, frotándose las manos, y dejando ver en su cara la satisfacción íntima que el simple hecho de entrar en el café le producía. Era como el tinte de placidéz que toma la cara del buen burgués al penetrar en el hogar doméstico. Saludáronse él y Feijóo con aquel afecto invariable que los unía. Rubín, que disputaba con todo el mundo, nunca había tenido una palabra más alta que otra con D. Evaristo. Después de decir acerca de la salud todas las vulgaridades [illegible] entre un sano y un enfermo, como aquello de *es nervioso... pasee usted... yo también estuve así*... Feijóo abordó resueltamente la cuestión, y por zancas y barrancas, soltando lo primero que se le ocurría, llegó á decir que él se había propuesto por pura caridad, negociar la reconciliación de los esposos.

Conserv

Al ir hacia

entorpece

te

Amigo mio, me he enterado de que

ve

hermosa...

Facil

apretadas

mi hombre

no es cosa del otro jueves

los dos amigos con el afecto de siempre.

el

su

oir,

hipocráticas

con que el

trastea al

"¡Pobrecilla!—dijo Rubín, echando los terrones de azúcar en el vaso, con aquella pausa que constituía un verdadero placer.—Dice usted que pasando miserias y muy arrepentida... ¡Cuánto se habrá desmejorado!

—[illegible] le diré á usted... Precisamente desmejorarse, no; lo que está es así, muy... ensimismada. Pero sigue tan guapetona como antes.

—¿Y Juanito Santa Cruz, no...?

—Quite usted, hombre. Si hace la mar de tiempo que tronaron. A poco de las trapisondas de marras... Desde entonces su cuñada de usted ha vivido apartada del bullicio, llorando sus faltas y comiéndose los ahorros que tenía, hasta que han venido los apuros. Yo me hago cargo de lo que puede sufrir una criatura con la conciencia alborotada y en esta situación...

—Pero qué bien enterado está usted!... ¡Ah! Sr. D. Evaristo, á mí no me la da usted... Usted es muy tunante y las mata callando...

Al oir esto, dicho con tanta malicia, la diplomacia de Feijóo se alarmó, creyendo llegada la ocasión de sacar, si no todo el Cristo, la cabeza de él.

"Mire usted, [illegible]—le dijo con reposado acento;—cuando trato las cosas en serio, ya sabe usted que las bromas me parecen impertinentes. Usted me conoce hace tiempo y sabe bien que cuando hablo con formalidad, hablo con formalidad, ¿estamos? Es poco delicado lo que usted hace suponiendo que he tenido algo que ver con esa señora, y que lo disimulo de la peor manera posible con la hipocresía de reconciliarla con su marido. Vamos, que se pasa usted de pillín...

—Era un suponer, D. Evaristo—manifestó Rubín desdiciéndose.

—Pues hacía yo un bonito papel...

—No, no he dicho nada...

—Además, diferentes veces me ha oido usted decir que hace tiempo me cortó la coleta.

—Sí, sí.

—Y si en mis treinta, y en mis cuarenta y aun en mis cincuenta, he toreado de lo fino, y... Pues estoy yo bueno para fiestas con mis sesenta y nueve años y estos achaques... Hágame usted más favor, y cuando le digo ~~que no tengo más móvil que hacer el bien~~, créamelo, porque para eso son los buenos amigos, para creerlo á uno...

—Tiene usted razón, y lo que siento es que no viera en mi reticencia una broma...

—Me parecía á mí que el asunto, por tratarse de una persona de la familia de usted y por iniciarlo yo, no era ~~[illegible]~~ para bromear.

~~[illegible]~~ creyó ó aparentó creer, y puso la atención más seria del mundo en lo que su amigo siguió diciendo sobre ~~[illegible]~~ tan importante. Y aquí viene bien un dato: Juan Pablo había recibido de Feijóo algunos préstamos á plazo indefinido. ~~[illegible]~~ excelente ~~[illegible]~~, viendo sus ~~apuros~~, halló una manera delicada de suministrarle la cantidad necesaria para librarse de Cándido Samaniego, que le perseguía con ~~implacable~~ saña. Estas caridades discretas ~~y delicadas~~ las hacía muy á menudo Feijóo con los amigos á quienes estimaba, favoreciéndoles sin humillarles. Por supuesto, ya sabía él que aquello no era prestar, sino hacer limosna. Quizás ~~son~~ las más evangélicas, las más aceptables á los ojos de Dios. Y no se dió el caso de que ~~Feijóo~~ recordase la deuda á ninguno de los deudores, ni aun á los que luégo fueron ingratos y olvidadizos. Juan Pablo no era de éstos, y se ponía gustoso, con respecto á ~~[illegible]~~, en ese estado de subordinación moral, propio del insolvente á quien se le dan todas las largas que él quiere tomar. Demasiado sabía ~~[illegible]~~ que á un hombre de quien se han recibido tales favores hay que creerle siempre todo lo que dice, y que se contrae con él la obligación tácita de ~~ser de su opinión~~ en todas las disputas, y de ponerse serio cuando él recomienda la seriedad. Allá en su fuero interno pensaría ~~[illegible]~~ lo que quisiera; pero de boca para fuera se mantuvo en el papel que le correspondía.

Por mi parte, no he de poner inconvenientes... Qué quiere usted que le diga. Personalmente, lo mismo me da. No sé lo que pensará Maximiliano. Desde aquellas cosas, no le he oído mentar á su mujer... Si algo se ha de hacer, crea usted que se dará un paso si mi tía no lo pone por delante... Yo estoy un poco torcido con ella... Lo mejor es que le hable usted.

Después se enteró Feijóo con mucha maña de ciertas particularidades de la familia. Maxi había tomado el grado y estaba ya prestando servicios en la botica de Samaniego, que había muerto en Octubre del año anterior, cuando los sucesos de la separación de los esposos. Supo además que la familia no vivía ya en Chamberí, sino en la calle del Ave María, y que todo el tiempo que le dejaba libre á Maxi la farmacia, lo empleaba en darse buenos atracones de lectura filosófica. Le había dado por ahí.

Luégo hablaron de otras cosas. [illegible] dijo á su amigo que cuando quisiera aprovechar otro párrafo no le buscase más en el Café de Madrid, porque allí había caído en un círculo de cazadores que le tenían mareado y aburrido con la *perra pechona*, *el hurón*, y *que si la perdiz venía ó no venía al reclamo*. No sabía aún á qué mudarse; pero probablemente sería al Suizo viejo, donde iban Federico Ruiz y otros amigos. De los antiguos cofrades sólo iban á *Madrid* D. Basilio, [illegible] insufrible con su ministerialismo, Leopoldo Montes y el *Pater*. Pero este se marcharía aquella misma noche á Cuevas de Vera, su pueblo, á trabajar las elecciones de Villalonga. También Juan Pablo de política, diciendo con el mayor aplomo que el Gobierno *estaba muerto*, y que la situación duraría... á todo tirar, á todo tirar, tres ó cuatro meses.

19

VIII

La primera vez que D. Evaristo visitó á [redacted] después de esta entrevista, [redacted] abrazó gozoso, y le dijo: "Albricias... vamos bien, vamos bien.

—Pero qué... ¿qué hay?

—[redacted], mejor dicho, excelentes impresiones. Tu marido...

—¿Le ha visto usted?

—No he tenido esa satisfacción. Pero me han contado de él una cosa que es en extremo favorable. Te lo diré para que no caviles. Maximiliano se ha dedicado á la filosofía...

Fortunata se quedó mirando á su amigo, sin saber qué expresión tomar. No veía la tostada, ni sabía en rigor lo que era la filosofía, aunque sospechaba fuese una cosa muy enrevesada, incomprensible y que vuelve [redacted] á los hombres.

"No me llama la atención que te quedes con la boca abierta. Ya irás comprendiendo... Se da [redacted] atracones de filosofía, y me parece que dijo Juan Pablo que era filosofía espiritualista...

—¿De esos que hablan con las patas de las mesas?

—[redacted] cualquiera que sea la secta ó escuela que [redacted] el seso á tu marido, tenemos ya noventa y seis probabilidades contra cuatro de que te recibe con los brazos abiertos.

Fortunata dudaba que esto fuera así. La partida que ella le había jugado á Maxi era demasiado serrana, para que [redacted] olvidara [redacted]. Al otro día entró [redacted] más [redacted] y [redacted] excitado. Su [redacted] llegado á dominarle de tal modo, que no sabía pensar en otra cosa, y de la mañana á la noche estaba dando vueltas á su tema. Había mejorado mucho de salud, y al mismo tiempo no ponía tanto cuidado como antes en el adorno de su persona, desde que tomó con tanto cariño las funciones paternales. Se había dejado toda la barba, usaba hongo, y una gran bufanda alrededor del cuello. Salía á sus diligencias en coche simón por horas. Cuando [redacted] le

vió entrar aquel día con el sombrero echado hacia atrás, los ojos chispeantes, los movimientos ágiles, comprendió que las noticias eran buenas. "Con estos alegrones—dijo abrazándola,—se rejuvenece uno. Chulita, otro abrazo. Vengo de hablar con la mismísima doña Lupe *la de los Pavos*.„ Fortunata se asustó solo de oir el nombre de su tía política, tanto miedo le inspiraba ésta.

"Impresiones muy buenas—añadió el diplomático. Ha empezado por ahuecar la voz, y por negarse á la reconciliación. Pero mientras más la niega ella, más claro veo yo que hará lo que deseamos. ¡Oh! conozco bien á mi gente. También ésta tiene sus filosofías, y á mí no se me oculta nada. Conozco las callejuelas de la naturaleza humana mejor que los rincones de mi casa. Doña Lupe está deseando que vuelvas; pero deseándolo, para que lo sepas. Se lo he conocido en la cara y en el modo de decir que no... Yo no sé si te he que en un tiempo, á poco de enviudar, tuvo sus pretensiones respecto á mí... pretensiones honestas... Decía la muy que yo le paseaba la calle. ¿Creerás que se le descompone la cara siempre que me ve?

Fortunata se rió á carcajadas. "Díme, ¿y cuando te pretendía, ya le habían cortado el pecho izquierdo?

—Pues no lo sé. Por mí que le cortaran los dos... En fin, chica, que . Yo le dije que si había reconciliación, vivirías con ella, que á mí me parecía muy conveniente esta vida común. Tan hueca se puso al oirme decir esto, que aún creo que le nacía un pecho nuevo... Mira lo que tienes que hacer cuando esto se realice. Yo te daré una cantidad que le entregarás á ella el primer día, suplicándole que te la coloque. Te niegas á admitirle recibo. Nada le gusta tanto como que confianza en ella en asuntos de dinero... ¡Ah!... leo en ella como leo en tí. ¿No ves que la traté bastante en vida de Jáuregui, que era entre paréntesis, un hombre excelente? Ya te daré una lección larga sobre el modo como debes tratarla, una mezcla hábil de sumisión é independencia, ha-

ciéndole una raya, pero una raya bien clarita, y diciéndole: "de aquí para allá, manda usted; de aquí para acá, mando yo..." Ahora la tecla que me falta tocar es tu marido. He hablado pocas veces con él, apenas le trato; pero no importa...

La mejoría se acentuó tanto, que D. Evaristo atrevióse á salir de noche, y lo primero que hizo fué ir en busca de Juan Pablo. No le encontró en el Suizo Viejo. Allí estaban Villalonga, Juanito Santa Cruz, Zalamero, Severiano Rodríguez, el médico Moreno Rubio, Sánchez Botín, Joaquín Pez y otros que tenían constituída la más ingeniosa y regocijada peña que en los cafés de Madrid ha existido. Habían hecho un reglamento humorístico, del cual cada uno de los socios tenía su ejemplar en el bolsillo. De aquellas célebres mesas había salido ya un ministro, dos subsecretarios y varios gobernadores. Aunque conocía á algunos, no quiso Feijóo acercarse, y desde una mesa distante se fué á [illegible]. Junto á él los ingenieros de Caminos hablaban de política europea, y más acá los de Minas disputaban sobre obras dramáticas. No lejos de éstos, un grupo de empleados en la Contaduría central se ocupaba con gran calor de pozos artesianos, y dos jueces de primera instancia, unidos á un actor retirado, á un empresario de caballos para la Plaza de Toros y á un contador de la Armada, discutían si eran más bonitas las mujeres con *polisón* ó sin él. Después llamó la atención de D. Evaristo la facha de un hombre que entró en el café, el cual sujeto más bien parecía una momia, que venía amojamado estaba. "Yo conozco esta cara—se dijo Feijóo.—¡Ah! ya, es el que llamábamos *Ramsés II*, el pobre Villamil que sólo necesita dos meses para jubilarse. Acercóse este desga-

128 - 8.

II

— Como ha de ser! — Si esta es mi una sin-
traccion. Yo no sé ninguna labor delicada; no

criada

ciado con timidez á Villalonga, que ya estaba levantado para marcharse, y con actitud cohibida, echando los ojos fuera del casco, le habló de algo que debía de ser los cincuenta duros dos meses. Villalonga alzaba los hombros, y le respondía con benevolencia quejumbrosa. Parecía que decía: "Yo, qué más quisiera... He hecho todo lo posible... No hay que perder la esperanza... Crea usted que por mí no queda... Si, ya sé, dos meses nada más...„ Un instante después *Ramsés II* pasó junto á D. Evaristo, deslizándose por entre las mesas y sillas como sombra impalpable. Llamóle por su nombre verdadero Feijóo, y acercóse á la mesa, inclinando el cuerpo y bajando para ver quién le llamaba, su cara amarilla y apergaminada por el clima de Cuba y Filipinas. Se reconocieron, y Rubín, invitado por su amigo, dobló su esqueleto para sentarse, y tomó café... con más leche que café... "¡Ah! ¿buscaba usted á Juan Pablo? Pues del salto se ha ido al café de Zaragoza.

Como le convenía retirarse temprano, no fué D. Evaristo aquella noche al indicado café. Las nueve serían de la siguiente, cuando entró en el establecimiento de la Plaza de Antón Martín, que estaba lleno de gente, con una atmósfera espesa y sofocante que se podía mascar, y un ruído de colmena que ensordecía. Humo y ambiente que soportan sin molestia los madrileños, como los herreros el calor y estrépito de un taller de forja. Desembozándose, avanzó por la tortuosa calle que dejaban libre las mesas del centro, y miraba á un lado y otro buscando á su amigo. Ya tropezaba con un mozo cargado de *servicio*, ya su capa se llevaba la toquilla de una cursi, aquí se le interponía el brazo del vendedor de *Correspondencias* que alargaba ejemplares á los parroquianos, y allá le hacían barricada dos individuos gordos que salían ó cuatro flacos que entraban. Por fin, distinguió á Juan Pablo en el rincón inmediato á la escalera de caracol por donde se sube al billar. Junto á él, en la misma mesa, dos personas, una mujer bastante bonita, aunque estropeada, y un joven en quien al pronto reconoció D. Evaristo á Maximiliano. Los dos hermanos sostenían una conversación muy animada. La era de Juan Pablo, una tal Refugio, personaje de historia, aunque no histórico, de cara graciosa y picante, con un diente de menos en la encía superior. Feijóo no la había visto nunca, ni acostumbraba presentarse en público en compañía de aquella mujer, por cuya razón Rubín se quedó un cortado al ver á Feijóo [illegible] Refugio

M.C.D.2020

Maximiliano saludó [illegible], preguntándole con mucho interés por su salud, á lo que respondió el [illegible] con mucha viveza: "Ya ve usted... *Cinco* meses llevo así... un día caigo, otro me levanto... ¡*Cinco* meses!... Nada; que llegó un día en que la máquina dice, "[illegible] y no se empeñe usted en remendarla ni echarle aceite. Que no anda, y que no anda y se tiene que parar.

—¿Pero qué es lo que usted tiene?—preguntó Maximiliano con presunción de médico novel ó de boticario incipiente, que unos y otros se desviven por ser útiles á la humanidad.

—¿Que qué tengo? ¡Ah! una cosa muy mala. La peor de las enfermedades. ¡Setenta años! ¿le parece á usted poco?

Todos se echaron á reir. "Me ha dicho mi hermano — añadió Maxi, — que digiere usted mal.

—Cinco meses lleva mi estómago de indisciplina—replicó Feijóo, que quería sin duda meterle á Maxi en la cabeza aquello de los cinco meses.—Ya no le hago caso. Me he rendido, y espero tranquilo [illegible]

—Si quiere usted le haré un preparado de peptona.

—Gracias... Veremos lo que dice mi médico.

—Poco mal y bien quejado—[illegible] dándole cariñosas palmadas en el hombro.

—Pero ustedes estaban hablando de algo que debía de ser interesante—dijo Feijóo.—Por mí no se interrumpan.

—Estábamos [illegible]... pásmese usted... de filosofía nada menos.

—Nada, es que me quiero convencer—manifestó Maximiliano con calor,—de que todo es fuerza y materia. Yo le digo una cosa, "pues á eso que tú llamas fuerza, lo llamo yo espíritu, el Verbo, el querer universal, y volvemos á la misma historia, al Dios uno y creador y al alma [illegible].

Don Evaristo, en tanto, miraba á Refugió, y examinaba el rostro, la boca, el diente menos. La muchacha sentía vergüenza de verse tan observada, y no sabía cómo ponerse, ni qué dengues hacer con los labios al llevarse á ellos la cucharilla con leche merengada.

M.C.D.2020

"Eso, eso... por ahí duele—dijo Faijóo, arrimándose al partido de Maximiliano.—¡El alma!... Estos señores materialistas creen que con variar el nombre á las cosas han vuelto el mundo patas arriba.

—Pero si ya te he dicho...—exclamaba sofocado Juan Pablo.

—Déjame que te diga mis...

—No es eso... no...

—Volvemos á lo mismo. ¿No me conozco yo en mí uno, consciente, responsable?

—Dale con lo mismo. Pero...

—Si yo me reconozco sumamente en la sustancia de mi yo...

Maximiliano se expresaba con exaltación sin dejar meter baza al otro, y el otro, en cambio, no se la dejaba meter á él, y simultáneamente se quitaban la palabra de la boca.

—Espérate un poco... no es eso.

—Allá voy... yo vivo en mi conciencia, por mí y antes y después de mí.

—¡Ah! pero lo primero es distinguir... mira...

—¡Buen par de chiflados estais los dos!—dijo para sí D. Evaristo mirando con curiosidad el diente menos de Refugio y los pucheros que hacía para tomar la leche merengada...

¡Dale, bola!...—gritó Maxi.—¡Si no es eso... ¿Yo, soy yo?... ¿Me reconozco como tal yo en todos mis actos?

—No, yo no soy más que un accidente del concierto total; yo no me pertenezco, soy un fenómeno.

—¡Que yo soy un fenómeno!... ¡Ave-María Purísima, ¡qué disparate!

—Lo permanente no soy yo, es el conjunto... Yo lo reconozco así en el fenómeno pasajero de mi conocimiento.

¡Y estas cosas se decían en el rincón de un café al lado de un parroquiano que leía *La Correspondencia* y de otro que hablaba del precio de la carne! En una de las mesas próximas había un grupo de individuos que tenían facha de matuteros ó cosa tal. A la derecha veíanse dos cursis acompañadas de una buscona y obsequiadas por un señor que les decía mil tonterías empalagosas. Enfrente una [illegible] en que se disputaba acerca de Lagartijo y Frascuelo, [illegible] voces destempladas y manotazos. Y por la escalera de caracol subían y bajaban constantemente parroquianos, dando patadas que más bien parecían coces, y por aquel [illegible] venían rumores de disputa, el ruido de las bolas de billar, y el canto del mozo que apuntaba.

"Si se me permite dar una opinión—dijo Feijóo, que empezaba á marearse con tanto barullo,—voto con Maximiliano.

En esto sonó el piano, que se alzaba sobre una tarima en medio del café, con la tapa triangular levantada para que hiciera más ruido, y empezó la [illegible], que era de piano y violín. Desde donde estaban nuestros amigos se veía la cola del piano y por encima de éste la cabeza del pianista, que se movía como un muñeco, mirando las teclas, porque tocaba sin papeles. El violinista tocaba con todo el cuerpo, según se arqueaba y estiraba, cual si quisiera herir con su propia barriga las cuerdas, y la nuez del cuello se le quería salir cuando volvía la cara hacia el techo. Las cosas que hacía aquel condenado con el arco, no son para referidas. Imitaba el burro y la calandria, imitaba el mirlo cantando el himno de Riego, los clarines de la caballería y otras mil monadas musicales. La música, los aplausos y el murmullo constante del café formaban un guirigay tan insoportable, que el buen D. Evaristo sintió que se le iba la cabeza, y que caería redondo al suelo si permanecía allí un cuarto de hora más.

M.C.D.2020

Decidió retirarse, descontento de no haber encontrado solo á Juan Pablo, pues delante de Maximiliano no podía hablar del asunto que entre manos traía. Su enojo se trocó en alegría cuando Maxi, al ver que D. Evaristo se retiraba, dijo que él también se iba porque era hora de volver á su farmacia. Salieron, pues, juntos y antes de llegar á la puerta, vió que le cortaba el paso una figura macilenta y sepulcral. Era *Ramsés II*, que venía en busca suya. "Sr. D. Evaristo, por Dios, hable usted de mí al Sr. de Villalonga,—le dijo la momia, interponiéndose como si no quisiera dar paso sino á cambio de una promesa.

—[illegible], hablaré á Villalonga—dijo D. Evaristo embozándose;—pero ahora estoy de prisa... no puedo detenerme... Hijo, vamos.

Y abriéndose paso, salió tomando el brazo del joven farmacéutico.

IX

Al cual dijo en la puerta: "¿Hacia dónde va usted?

—¿Yo? A la farmacia en la calle del Ave-María?

—¡Qué casualidad! Yo llevo esa dirección. Iremos juntos... Deje usted que me emboce bien... Ahora déme usted el brazo. Las piernas no me ayudan. Ya se ve... cinco meses, cinco meses... fíjese usted bien... sin digerir. No sé cómo estoy vivo. Desde Octubre del año pasado no levanto cabeza... ¡Pero qué ideas las de Juan Pablo! Parece mentira... ¡Un hombre de entendimiento!... Usted está en lo firme. No espere usted á llegar á viejo y á ver de cerca la muerte para creer que somos algo más que montoncitos de basura animados por fuerza semejante á la electricidad que hace hablar á un alambre. Eso se deja para los tontos y perdularios, para la gente que no piensa. Usted está en [illegible], y será capáz de acciones nobles, de acciones que por lo mismo que son tan elevadas, caen fuera de la jurisdicción del vulgo,

Maximiliano lo comprendía á cuenta de qué era aquello; pero tenía su espíritu admirablemente dispuesto para recibir toda sutileza que se le quisiera echar; estaba hambriento de cosas ideales, y la meditación, el estudio y la soledad habíanle dado una receptividad asombrosa para todo lo que procediera del pensamiento puro. Por esta causa, sin entender de qué se trataba, contestó humildemente: "Tiene usted mucha razón... pero mucha razón.„

"El hombre que como usted—prosiguió don Evaristo,—no se deja [illegible] por las sabidurías modernas, está en disposición de hacer el bien, pero no el bien de cualquier modo, sino sublimemente, mirando para el cielo, no para la tierra...

Tiempo hacía que Maxi[illegible]d se había dedicado á mirar al cielo. Su desgracia le había hecho aborrecibles los espectáculos de [illegible]

"Mire usted, Sr. D. Evaristo—dijo sintiéndose [illegible] de tantos pesares de tristeza, de meditación y de lectura.—La desgracia me ha hecho á mi volver los ojos á las cosas que no se ven ni se tocan. Si no lo hubiera hecho así, me habría muerto ya cien veces. ¡Y si viera usted qué distinto es el mundo mirado desde arriba á mirado desde abajo! Me parecía á mi mentira que yo había de ver apagarse en mi [illegible] la sed de venganza y el odio que me [illegible]. Y sin embargo, el tiempo, la [illegible] el pensar en el conjunto de la vida, en los grandes fines de ella, me han puesto como estoy ahora.

—Claro... ¿A qué vienen esos odios y esas venganzas?—dijo gozoso D. Evaristo.—Para perderse nada más. ¡Dichoso el que sabe elevarse sobre las pasiones de momento y atemperar su alma en las verdades eternas!

Y para su sayo habló de este modo: "Tan metafísico está este [illegible], que nos viene como anillo al dedo.„

—En este bulle-bulle de las pasiones de los hombres del día—prosiguió Maxi con cierta [illegible]

perdonar las ofensas y á hacer bien á los que nos han hecho mal.

—Tiene usted razón, ... y dichoso mil veces el que ..., como usted, llega á posesionarse de esa idea y á hacerla efectiva en la vida real.

—La desgracia, un golpe rudo... ahí tiene usted el maestro. Se llega á este estado padeciendo, después de pasar por todas las angustias de la cólera, por los pinchazos ... amor propio y por mil amarguras... ¡Ay, señor don Evaristo! Parece mentira que yo esté ... después de haberme creído con derecho á matar á un hombre, después de haber hecho propósito decidido de cometer el crimen, y después de no haber realizado tal propósito. Mi conciencia está hoy plácidamente tranquila no habiendo matado, como firme y decidida estuvo cuando pensé matar... Entonces no veía á Dios en mí; ahora sí que le veo.

Feijóo, en vista de estas buenas disposiciones, se fué derecho al bulto. "A un espíritu tan bien fortalecido—le dijo,—se le puede hablar con sinceridad. Doña Lupe no le ha hablado á usted de cierto asunto."

Maximiliano se puso del color de la grana de su embozo, y contestó con embarazo y turbación.

"Por mi parte—añadió D. Evaristo,—haré todo lo que puede para que esto ... Si ello tiene que suceder. Es lo práctico, amigo mío; y ya que usted es tan espiritual, conviene que sea un poquito práctico. Le advierto á usted que ella lo desea.

—¡Lo desea!—exclamó ..., dejando caer el embozo.

—¡Toma! ¿Ahora salimos con eso? Pues si no lo deseara, ¿cómo me había de meter yo en semejante negocio? ¿No comprende usted?

—Sí... pero... No hay que confundir. El perdón puramente espiritual ó evangélico, ya lo tiene... Pero el otro perdón, el que llamaríamos social, porque equivale á reconciliación, es imposible.

—La hemos fastidiado—dijo para sí don Evaristo, apretando los dientes.

—Es imposible—repitió Maxi.

—Piénselo bien, piénselo bien, pregúnteselo á la conciencia... Yo creo que cuando usted lo piense...

—Me parece que aunque lo estuviera pensando diez años.

—En estas cosas hay que poner algo de caridad; no se puede proceder con simple criterio de justicia. Convendría que usted hablase con ella...

—¡Yo!... pero D. Evaristo...

—Sí, usted. Quien tiene ideas como las que usted tiene y sabe sentir y pensar como usted piensa y siente con esa alteza de miras... eso es, con esa espiritualidad de... claro...

—¿Y cree usted que ella me podría dar explicaciones claras, pero muy claras, de todo lo que ha hecho después que se separó de mí?

—Las dará, las dará... pero es claro que usted no debe apurar mucho tampoco... O hay perdón ó no hay perdón. La caridad por delante, detrás la indulgencia, y ver si en efecto hay propósitos sinceros de enmienda, yo creo que los hay; se lo digo á usted de corazón; creo que los hay.

—Yo lo dudo.

—Pues yo no. Juzgue usted mi opinión como quiera. Y sepa que intervengo en esto por pura caridad, porque se me ha ocurrido no morirme sin dejar tras de mí una buena acción, ya que en mi vida he hecho tantas malas ó insignificantes. No me gusta meterme en vidas agenas; pero en este caso, créalo usted... la compasión, el convencimiento que tengo de que á ambos les conviene la reconciliación.

Ya en este terreno, D. Evaristo se descubrió más:

"Vamos, que no será tanto

Subiéndose el embozo.

almohada, compañera...

madure la idea...

a

madur

no me vuelvo atrás.

de la... pues...

¡caramba!

Hijo, yo creo que las dará

Por lo que he oído, me parece

se me ha puesto en la cabeza que á entrambos les conviene volver á unirse.

tengo

humana

la cuenta de

"Amigo,

Aunque la he tratado poco, puedo asegurar que

me ha parecido

traten

anteayer

ara

usiera

"Amigo,

Se me figura

Aunque la he tratado poco, puedo asegurar que

—dijo parándose en la puerta de la botica.—Su mujer de usted es una mujer defectuosísima. Tiene buen fondo; pero carece de fuerza moral. Será siempre lo que quieran hacer de ella los que la manejen.

Maximiliano le miraba con ojos atónitos. Lo mismo pensaba él.

"Yo le echo siempre que la veo un largo sermón, le recomiendo que se amolde á las realidades de la vida, que ponga un freno á aquella imaginacioncilla tan desenvuelta. "Pero,

encándole

30

187

hija mía, es preciso pensar lo que se hace, y dejarse de tonterías.„ ~~Y dale que lo darás.~~ Creo que algo he conseguido ~~creo que en aquella cabeza han entrado ideas más sólidas y el sentido de lo práctico y real~~. Usted lo ha de ver. Es lástima que teniendo buen fondo, buen corazón... sólo que algo grande... y careciendo de las malicias de otras, no posea un poco de juicio. Porque con un poco de juicio, nada más que con un poco de juicio, no se pueden hacer las tonterías que ella ha hecho... En fin, ~~yo me he empeñado en que sea discreta y lo he de conseguir. Usted después, hará lo que quiera.~~

Dijo esto último sonriendo con tal hombría de bien, que Maximiliano se llenó de confusiones. No sabía qué contestar, y sentía que se le apretaba la garganta. Despidióse D. Evaristo, dejando al pobre chico en tal grado de aturdimiento, que ~~habían de pasar~~ muchos días revolviendo en su mente indigestada los dejos de aquel coloquio que tuvo con el respetable anciano en una noche fría del mes de ~~[illegible]~~ ~~desde el café de Zaragoza á la botica de la calle del Ave María.~~

Al siguiente día, D. Evaristo fué en coche á ver á Fortunata, á quien encontró peinándose sola, ~~pues se había convenido en despedir á la peinadora~~, no por economía, sino por tomar ante el público una actitud de mayor modestia y recogimiento. Sentóse á su lado, y ~~tomando á Fortunata~~ por un brazo, la llamó á sí y le dió un beso, diciéndole: "El último beso... la aventura del viejo Feijóo ha pasado á la historia... Entrarémos pronto en vida nueva, y de esto no quedará sino un recuerdo en mí y otro en tí... Para el público nada. Estas cenizas sólo para nosotros esconden un poco de calor.„

Fortunata, que tenía en ~~ambas~~ manos las ~~dos~~ gruesas bandas de cabellos negros, apartándolas como si fueran una cortina, no sabía si reir á echarse á llorar.„

Yo muy serio.

compañero

hijo, Vd. dirá que quien me mete á mí á lañador; pero ¿que quiere Vd.? á los viejecillos nos gusta arreglar á los jóvenes y marcarles el paso de esta vida para que eviten los tropezones que hemos dado nosotros.

durante

hubo de

er

Marzo.

ándose

cogiéndola

cada

una de

sus

M.C.D.2020

—¿Has hablado con él...?—dijo conmovida y al mismo tiempo sonriendo.

—Véte acostumbrando á tratarme de usted...—dijo D. Evaristo con cierta severidad.—No se le escape nunca una expresión familiar, porque entonces la echamos á perder. Todo acabó... Fortunata, no soy para ti, digo, para usted más que un padre... Aquel que te quiso como quieren los hombres á las mujeres, no existe ya... Es usted mi hija. Y no es que hagamos un papel aprendido, no; es que soy verdaderamente para mí, de aquí en adelante, como una hijita, y yo seré para usted un verdadero papaito. Lo digo con toda mi alma. Yo no soy aquel; yo me moriré pronto, y...

Viéndole que se conmovía, no pudo aguantar más, y soltó el trapo á llorar. Aquellas admirables guedejas cubrían las lágrimas. Feijóo hizo un movimiento como de persona mayor que quiere dominar una debilidad pueril, y dijo:

"Pero no, no me avergüenzo de que se me salte una lágrima. Yo juro por Dios, en quien siempre he creído, que el cariño paternal es lo que me la hace derramar. Todo lo que en mí existía de varón capáz de amar, ha desaparecido; todo murió, y no me queda de ello nada, ni aun siquiera lo echo de menos. Nunca he sido padre; ahora siento que lo soy... y mi corazón se llena de afectos desconocidos, tan puros, pero tan puros...

No había visto nunca á su amigo tan vencido de la emoción. Tenía los ojos húmedos y le temblaban las manos. Sujetó en la coronilla con una correa negra las trenzas de su abundante cabello, porque no era posible repicar y andar en la procesión; no era posible peinarse y al mismo tiempo celebrar, entre lágrimas y apretones de mano de una castidad absoluta, aquel convenio de trocar el afecto de padre á hija las relaciones que entre ambos habían existido. Poco á poco se serenaron ambos. Y D. Evaristo con voz clara y entera, la hizo sentar á su lado en el sofá, y le habló de esta manera:

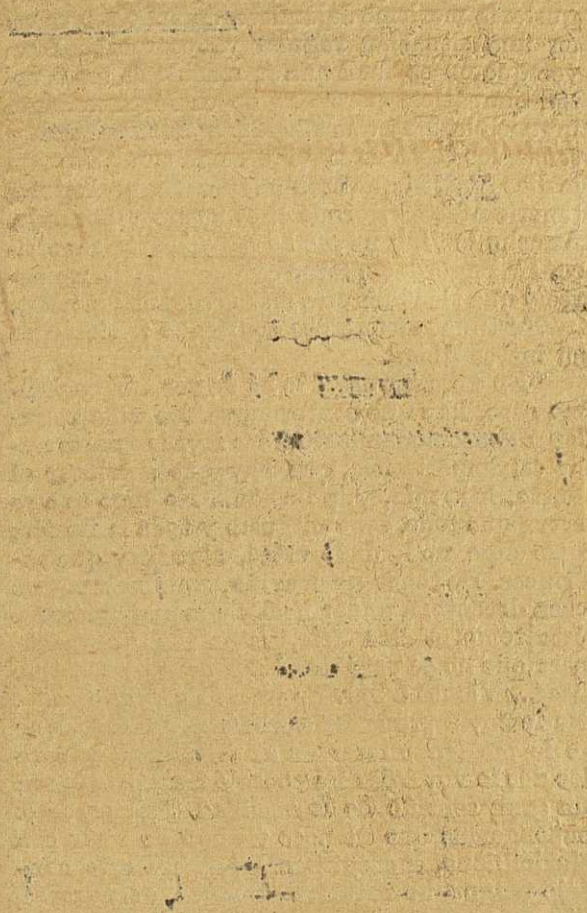
"Me parece que esto se arregla. ¡Cuánto me gustaría morirme dejándote ~~dejándola á usted~~ en una situación ~~[illegible]~~ y decorosa!... Bien veo que no es fácil que tu marido le sea ~~[illegible]~~ simpático; pero eso no es inconveniente invencible. Hay que ~~[illegible]~~, y tomar las cosas de la vida como son. ¿Y quién le dice ~~[illegible]~~ que tratándole algo, no llegue á tenerle afecto? Porque él es bueno y honrado. Anoche le ví, y no me ha parecido tan raquítico. Ha engordado; ~~[illegible]~~ carnes, y hasta me pareció que tiene un aire más arrogantillo, más...

~~Fortunata expresaba~~ sonriendo tristemente su incredulidad.

"En fin, tú ~~[illegible]~~ lo ha de ver... Y en último caso, hay que conformarse. La vida regular y ~~[illegible]~~ las leyes sociales tienen tal importancia, que hay que sacrificar el gusto, hija mía, y la ilusión... No digo que se sacrifique todo, todo el gusto y toda la ilusión; pero algo, no lo dudes ~~[illegible]~~, algo hay que sacrificar. De tener un marido, un hombre, una casa decente, á andar ~~hecha una cualquiera~~ á éste tomo, á éste dejo, va mucha diferencia para que no le para usted á pensar bien lo que hace... Vamos á ver. Es preciso preverlo todo. Yo le voy á presentar ~~[illegible]~~ los dos casos que se le pueden ofrecer en su vida legal, y para los dos le voy á dar mi consejo franco, leal, con un gran sentido de la realidad. Primer caso: supongamos que al poco tiempo de vivir con Maximiliano, encuentras... ~~hija, para este consejo tengo que tutearte otra vez, encuentrak~~, digo que el muchacho se porta bien contigo, vas viendo sus buenas cualidades, que se manifiestan en todos los actos de la vida, y supongamos que le vas teniendo algún cariño...

Fortunata tenía la mirada fija en un punto del suelo, como una espada, tan bien hundida que no la podía desclavar. Seguro de que le oía, aunque no le miraba, Feijóo siguió hablando despacio, poniendo pausas entre las cláusulas.

"Supongamos esto... Pues tu deber en este caso, es esforzarte en que ese cariño... llamémosle amistad, se aumente todo lo posible; trabaja contigo misma para conseguirlo. ¡Ah! hija mía, el trato hace ~~[illegible]~~ la buena voluntad también los hace. Evita al propio tiempo la ociosidad, y verás como lo que te parece



tan difícil te ha de ser muy fácil. Se han dado casos, pero muchos casos, de mujeres ~~casadas~~ por fuerza con un hombre aborrecido, y que le han ido tomando ley poquito á poco hasta llegar á ~~quererlos muy por lo fino~~. No digo nada si tienes chiquillos, porque entonces...

—~~Ya lo sabes~~ No sabes nada—replicó con viveza Fortunata.

—¡Mira qué tonta! ¿Y qué sabes tú? No se puede asegurar tal cosa. La Naturaleza sabe ~~más que nosotros de este particular~~... Y con chiquillos, ya ~~tienes~~ más de la mitad del camino andado para llegar al sosiego que te recomiendo, pues en criarlos y en cuidarlos se te desgastará el sentimiento que te sobra ~~tienes~~ en esa alma de Dios, y te equilibrarás, y no ~~harás~~ más tonterías... Bueno, ya hemos hablado del primer caso, que es el mejor; pasemos al segundo, que te presento en la previsión de que falle el primero, lo que bien pudiera suceder. Vamos allá...

Fortunata esperaba con ansia la exposición del segundo caso, pero Feijóo lo tomaba con calma, pues se quedó un buen rato meditando, con el ceño fruncido y la vista fija en el suelo.

"Lo mejor—prosiguió—es lo que acabo de decirte; pero cuando no se puede hacer lo mejor, se hace lo menos malo... ¿me entiendes? Suponiendo que no te sea posible encariñarte con ~~tu marido~~, y que ni el trato ni las buenas ~~cualidades~~ de él te lo hagan menos antipático; suponiendo que la vida llegue á serte insoportable, y... Vaya que esto es ~~dudando~~, y se necesita de toda mi ~~entereza~~ para aconsejarte. Pero yo, antes que todo, veo lo práctico, lo posible, y no puedo aconsejar á nadie que se deje morir ni que se suicide. No se deben imponer sacrificios superiores á las fuerzas humanas. Si el corazón se te mantiene en el tamaño que ahora tiene, si no hay medio de recortarlo, si se te ~~subleva~~, ¿qué le vamos á hacer? Dentro del mal, veamos que es lo mejor entre lo peor, y...

Feijóo ~~buscaba~~ con afán las palabras más propias para expresar su pensamiento. Las ideas se le alborotaron un poco y necesitó someterlas para no embarullarse. Dando un gran suspiro se pasó la mano por la cabeza, perdiendo la ~~mirada~~ en el espacio. Saliendo al fin de su perplejidad, dijo en voz ~~baja~~ cautelosa:

"Y en caso de que te veas [redacted] faltar, guardas el decoro y habrás hecho el menor mal posible... El decoro, [redacted], la decencia, este es el secreto, [redacted].

Detúvose [redacted] asustado y se volvió á poner la mano sobre la cabeza, como invocando sus canas. Pero sus canas no le dijeron nada. Al punto se envalentonó, y recobr[redacted] la seguridad de su lenguage, di[redacted]: "Tú eres demasiado inexperta para conocer la importancia que tiene en el mundo la forma. ¿Sabes tú lo que es la forma, ó mejor dicho, las formas? Pues no te diré que esta sea todo; pero hay casos en que son casi todo. Con ellas marcha la sociedad, no te diré que [redacted], pero sí de la mejor manera que puede marchar. ¡Oh! los principios son una cosa [redacted]; pero las formas no [redacted]. Entre una sociedad sin principios, y una sociedad sin formas, no sé yo con cuál me quedaría.

X

Fortunata había comprendido. Hacía signos afirmativos con la cabeza, y [redacted] manos [redacted] sobre la rodilla derecha, [redacted] movimientos de balancín ó remadera.

A Feijóo le había costado algún trabajo arrancarse á exponer su moral en aquellas circunstancias, porque en [redacted] conciencia se le puso un nudo, que le apretó durante [redacted] breve rato; pero al punto [redacted] deshizo evocando las teorías que había profesado toda la vida. Lanzado, pues, el concepto más [redacted], siguió luégo como una seda, sin nudo y sin tropiezo.

"Ya sabes cuáles son mis ideas respecto al amor. Reclamación imperiosa de la Naturaleza... la Naturaleza diciendo *auméntame*... No hay medio de oponerse... la especie humana que grita *quiero crecer*... [redacted]... ¿Me entiendes? ¿Hablo con claridad? ¿Necesitaré emplear parábolas ó ejemplos?

Fortunata entendía [redacted] seguía balanceándose de atrás adelante [redacted] acentuando l[redacted] afirma[redacted] con su cabeza despeinada.

"Pues no te digo más. Esto [redacted] muy delicado. Siempre es preferible el primer caso, el caso de la fidelidad, porque de este modo cumples con la Naturaleza y con [redacted]. El segundo término te lo pongo como un *por si acaso*, [redacted] para que, [redacted] te [redacted], por exigencias del

corazón [illegible] de la Naturaleza, de echar abajo el princi[illegible], sepas respetar la forma...

Aquí volvió [illegible] á sentir el nudo; pero evocando otra vez su filosofía, de tantos años, lo desató.

"Hay que guardar en todo caso las apariencias, y [illegible] á la sociedad [illegible] ese culto externo sin el cual volveríamos al estado salvaje. En nuestras relaciones tienes un ejemplo de que cuando se quiere el secreto se consigue. Es cuestión de [illegible] y habilidad. Si yo tuviera tiempo ahora, te contaría infinitos casos de pecadillos cometidos con una reserva absoluta, sin el menor escándalo, sin la menor ofensa del decoro que todos nos debemos... [illegible] pasmarías. Oye bien lo que te digo, y apréndetelo de memoria. Lo primero que tienes que hacer es sostener [illegible] la concordia del matrimonio, respetar á tu marido y no consentir que pierda su dignidad de tal... [illegible]rás que es difícil; pero ahí está el talento, [illegible] destreza... Hay que discurrir, [illegible], y sobre todo, [illegible] penetrarse bien del propio decoro para saber mirar por el ajeno... Lo segundo...

Aquí [illegible] se acercó más á ella, como si temiera que alguien le pudiese oir, y con el dedo índice muy tieso iba marcando bien lo que le decía.

"Lo segundo es que tengas mucho cuidado en elegir. [illegible] mucho cuidado en ver [illegible] quien...

[illegible] mucho cuidado en [illegible]

La conclusión del concepto no salía, no quería salir. Viéndole Fortunata en aquel apuro, acudió á remediarlo, diciendo: "Comprendido, comprendido.

—Bueno, pues no necesito añadir nada más... porque si caes en la tentación de querer á un hombre indigno, adios mi dinero, adios decoro... Y lo último que te recomiendo, es que si logras conseguir que no pueda tentarte otra vez el [illegible] Santa Cruz, habrás puesto una pica en Flandes.

Dicho esto, [illegible] se levantó, y tomando capa y sombrero, se dispuso á marcharse. De la puerta volvió hacia Fortunata, y alzando el bastón con ademán de mando, le dijo:

"Repito lo de antes. Aquello se acabó... y ahora soy [illegible] padre [illegible] mi hija... [illegible] se acabó el [illegible] Mucho cuidado, señorita, aprend[illegible] á vivir vida práctica... Por de pronto, serenidad, y concluy[illegible] de peinarte, que es tarde. Yo me voy, que tengo mucho que hacer.

Cap. 1º

36

Metióse el ~~anciano~~ en ~~su~~ simón, y apenas había ~~[illegible]~~ llegado á la Plaza de los Carros, empezó ~~[illegible]~~ á sentir en su alma una inquietud inexplicable. Y tras la inquietud moral vino un cierto malestar físico, temblor y escalofríos, acompañado de ~~un~~ terror supersticioso... Pero no ~~podía~~ definir ~~á qué tenía~~ miedo... El coche corría por la Cava-Alta y Feijóo se sentía cada vez peor. De improviso sintió como una vibración intensísima en su interior, y un relámpago á manera de lanceta fugáz ~~le~~ atravesó de parte á parte. Creyó que una desconocida lengua le ~~decía~~: "¡Estúpido, vaya unas cosas que enseñas á tu hija...!„ Extendió la mano para detener al cochero y decirle que volviera á la calle de ~~las~~ Tabernillas; pero antes de realizar aquel ~~movimiento~~, ~~[illegible]~~ la trepidación que en su alma había sentido y todo quedó en reposo... "¡Qué debilidades—pensó... estar con chocheces y nada más que chocheces... ¿Pues no se me ocurrió volver allá para desdecirme? No ~~seas bobo~~ ~~[illegible]~~, y sostén ahora lo que has creído siempre. Esto es lo práctico, es lo único posible... Si le recomendara la virtud absoluta, ¿qué sería? sermón absolutamente perdido. Así al menos...„

Y siguió tan satisfecho.

Con el ajetreo que traía aquellos días, en los cuales hizo dos visitas á doña Lupe, celebró muchas conferencias con Juan Pablo y ~~una~~ muy sustanciosa con Nicolás Rubín, que andaba desalado detrás de una canongía, tuvo ~~don Evaristo~~ una recaída en su enfermedad. ~~[illegible]~~ tarde ~~del... de Febrero~~ se sintió tan mal, que hubo de retirarse á su casa y se acostó. El ama de llaves advirtió en él, juntamente con los síntomas de agravación, ~~una como~~ alegría febril, lo que juzgó de malísimo agüero, pues si su amo se volvía niño ó demente cuando tan malito estaba, señal era esto de la proximidad del fin. Toda la noche estuvo ~~el anciano~~ dando vueltas de un lado para otro, queriendo levantarse y renegando de que le tuvieran prisionero en la cárcel de aquellas malditas sábanas. A la madrugada, se nublaron sus sentidos, y á punto de perder el conocimiento se despidió del

su original moralista

con algo de

la causa del

gritaba:

de

propósito

cesó

te reselles

compañero,

otra

buen señor

el

una

de fines de Marzo

cierta

Feijóo

M.C.D.2020

mundo sensible con este concepto que apenas salió del magín á los labios: "Ya me puedo morir tranquilo, puesto que he sabido arrancarle al demonio de la tontería el alma que ya tenía entre sus uñas...„

Doña Paca y el criado, creyendo que su amo se quedaba en aquel espasmo, empezaron á dar chillidos; llamaron al médico, dieron al señor muchas friegas, y por fin volviéronle á la vida. Todos se pasmaron de verle sonreir y oyéndole afirmar que no le dolía nada, que se sentía bien y contento. Más á pesar de esto, el médico puso muy mala cara y pronosticó que la debilidad cerebral y nerviosa acabaría muy pronto con el enfermo. Por más que éste se envalentonaba, no pudo levantarse y perdía las fuerzas minuto á minuto. Carecía en absoluto de apetito. Los amigos que aquel día le acompañaban, convinieron en decirle de la manera más delicada que se preparase espiritualmente para el traspaso final, ocupándose del negocio de su alma. Creyeron los más que D. Evaristo se alborotaría con esto, pues siempre hizo alarde de libre pensador; mas con gran sorpresa de todos, el enfermo oyó la indicación del modo más sereno y amable, diciendo que él tenía sus creencias; pero que al mismo tiempo gustaba de cumplir las conveniencias sociales. Yo creo en Dios—dijo,—y tengo acá mi religión á mi manera. Por el respeto que los hombres nos debemos los unos á los otros, no quiero dejar de cumplir ningún requisito de los que ordena toda sociedad bien organizada. Siempre he sido esclavo de las buenas formas. Tráiganme ustedes todos los curas que quieran, que yo no me asusto de nada, ni temo nada, y no desentono jamás. No descomponerse, ese es mi tema.

Todos los presentes se maravillaron al oirle, y aquel mismo día se le administraron los Sacramentos. Después se puso mucho mejor, lo cual dió motivo á que todos le dijeran lo que se dice siempre, y es que la religión es medicina del cuerpo y del alma. El aseguraba que no se moría de aquel arrechucho, que tenía siete vidas como los gatos, y que era muy posible

que Di[illegible] le dejase algún tiempo más para permi[illegible]le ver muchas y muy peregrinas cosas. Así f[illegible]s en efecto, pues en todo el año de 75 que corría no se murió el Sr. de Feijóo.

Durante la convalecencia de aquel ataque, no permitió que Fortunata fuera á verle. Le escribía algunas cartitas, reiterándole sus consejos y dándole otros nuevos para el día ya próximo en que la reconciliación debía efectuarse. Al propio tiempo se ocupaba en la revisión de su testamento y en tomar varias disposiciones benéficas que algunos amigos habían de agradecerle mucho. Tenía un pequeño caudal repartido en diferentes préstamos que había hecho á amigos menesterosos. Algunos le habían firmado pagarés de mil, de dos y hasta de tres mil reales. Todos estos papeles fueron rotos. Dispuso cómo se habían de repartir las alhajas que tenía, algunas de bastante valor, sortijas con hermosos solitarios, botonaduras, y además cajitas primorosas de marfil y sándalo que había traído de Filipinas, mil chucherías preciosas, una hermosa espada, dos ó tres bastones de mando con puño de oro. Hizo la distribución de todo con un acierto que declaraba su gran delicadeza y el aprecio que hacía de los buenos amigos.

Respecto á Fortunata lo dispuso tan bien que no cabía más. No le dejaba en su testamento más que algunos regalitos, llamándola *alhajada*; pero por medio de un agente de Bolsa muy discreto, se hizo una operación en que Fortunata figuraba como compradora de cierta cantidad de acciones del Banco, dándole además, de mano á mano, algunas cantidades en billetes. No olvidó por esto D. Evaristo á sus parientes, que eran dos sobrinas, residentes la una en Astorga, la otra en Ponferrada. Ambas quedaban muy bien atendidas en el testamento, y en cuanto á los socorros que anualmente les enviaba, no perdió Feijóo aquel año la memoria de esta obligación, á pesar de los muchos quebraderos de cabeza que tuvo. Doña Paca y los dos criados también se llevarían un pellizco el día en que el amo faltara. [illegible]

...fectamente arreglado—decía él frotándose las manos,—y de la manera más práctica.

Dijéronle los curas de la parroquia si no dejaba algo para misas, y él, con bondadosa sonrisa, replicó que no había olvidado nada de lo que se debe á los respetos sociales; y que para que todo requisito fuera cumplido, también quedaba puesto el renglón de X misas.

Fué á verle una tarde Villalonga, y lo primero que le dijo Feijóo, mientras se dejaba abrazar por un amigo, fué esto: "Pero hombre, ¿será usted tan malo que no le dé la canongía á mi recomendado?„

—Por Dios, [illegible]aré lo que pueda. Le puse una carta muy expresiva á Cárdenas mandándole la nota. Pero considere usted que es muy difícil. ¡Canongía! Para mí la quisiera yo.

—Y para mí también... ¿Pero en fin, puede ser ó no? Es un clérigo de las mejores condiciones.

—Lo creo... pero qué quiere usted? Estos cargos son muy solicitados, y cuando vaca uno hay cuatrocientos curas con los dientes de este tamaño.

—Sí, pero mi [illegible] es un cura apreciabilísimo un santo varón...

—No digo que no. Es otro Rubín. No le dí ya á usted una credencial de Penales para un Rubín? Usted por lo visto protege á esa familia.

—Yo no protejo familias, hombre. Déjese usted de protecciones... Sólo que me intereso por las personas de mérito.

—Por mí no ha de quedar. Le daré otro achuchón á Cárdenas. Pero lo que digo, son plazas muy solicitadas, y por cada vacante se buscan la mar de influencias. Los candidatos recurren á la intercesión de las señoras. Casi siempre son las faldas las que deciden quién se ha de sentar en los coros de las catedrales.

M.C.D.2020

—Pues suponga usted que yo tengo falda, que soy una dama... ea.

—Pero si yo no lo he de decidir...

—Mire usted que si no me nombra mi canónigo, no me muero, y le estaré atormentando meses y meses.

—Mejor... Viva usted.

—¿Y esas elecciones, se preparan bien?

—Como un acero. Tengo allá un padre cura que vale un imperio. Me está haciendo unos arreglos en el distrito, que Dios tirita y tirita toda la Santísima Trinidad. Ese sí que merece no digo yo canongías, sino siete mitras.

—Le conozco, el *Pater*... fué capellán de mi regimiento.

Villalonga se despidió reiterando sus buenos deseos respecto á Nicolás Rubín.

"¡Eh, Jacinto, por Dios, una palabra!—dijo D. Evaristo llamándole cuando ya estaba en la puerta.—Por Dios y todos los santos, no me olvide usted á ese desdichado... al pobre Villamil, á ese que llaman *Ramsés II*, porque parece una momia.

—Está recomendado en una nota de *indispensables*. Con que más no puedo hacer.

—Mire usted que no me deja vivir... Todos los días viene tres veces. La noche que me dieron el Viático, en el momento aquel, miré para este lado y lo primero que ví fué á Ramsés II, con una vela en la mano. ¡Cómo me miraba el infeliz!... Creo que no me morí de tanto como rezó Villamil, pidiendo á Dios que no me matara.

—Podrá ser... No le olvidaré. Abur, Abur.

Y D. Evaristo se quedó solo, pensativo y dulcemente soñoroso, saboreando en su conciencia el goce puro de hacer á sus semejantes todo el bien posible, ó de haber evitado el mal en la medida que la Providencia ha concedido á la iniciativa humana.

V

Otra Restauración.

I

Las personas muy rutinarias y ordenadas que se acostumbran á las dulzuras tranquilas del método en la vida, concluyen, abusando en cierto modo de la regularidad, por someter al casillero del tiempo, no sólo las ocupaciones, sino los actos y funciones del espíritu y aun del cuerpo que parecen más rebeldes al régimen de las horas. Así, pues, la gran doña Lupe, cuya existencia era muy semejante á la de un reloj con alma, había distribuído tan bien el tiempo, que hasta para pensar en cualquier asunto de ~~gran~~ interés que sobreviniese, tenía marcada una parte del día y un determinado ~~lugar~~ sitio. Cuando era preciso meditar, por el picor de una de esas ideas hermanas del abejorro, que se plantan en el cerebro y no hay medio de sacudirla, ó doña Lupe no meditaba, ó tenía que hacerlo sentada en la silla ~~corta~~ junto á la ventana de la sala, ~~con~~ los anteojos ~~calados~~, la cesta de la ropa delante y el gato muy repantigado en un extremo de la alfombrita. La meditación era mucho más honda y ~~perspicua~~ si la señora tenía metida toda la mano izquierda, hasta más arriba de la muñeca, dentro de una media, y si las claraboyas de ésta eran bastante ~~grandes~~ anchas para poder tejer sobre ellas enrejados como los de una cárcel. Tal era la fuerza del método, que doña Lupe no pensaba á gusto sino allí, así como para hacer sus cálculos aritméticos el mejor momento era cuando descascaraba los guisantes en la cocina (en tiempo de guisantes), ó cuando ponía los garbanzos de remojo. La costumbre obraba estos prodigios, y

lo mismo era ver doña Lupe los garbanzos y poner la mano en ellos, que se le llenaba el magin de números y veía claro en sus negocios, si le convenía ó no tal préstamo, si debía quedarse ó no con tal ó cual alhaja. Para reñir á Papitos también había una ocasión preferente, la hora que antecede á la comida, y el día en que no le decía algo ó no le tiraba de las orejas, parecía que faltaba algo. Al levantarse, por la mañana temprano, doña Lupe preveía todos los sucesos y acciones del día que empezaba, y se preparaba para ellos con una evocación mental de su energía que le causaba regocijo, y con la distribución de las horas para todo lo previsto. Era esto como si *se diera cuerda*, acumulando en sí la fuerza metódica que necesitaba. Su conciencia se regocijaba con esto, entendiendo su propio valer y alabándose de su aptitud para todo lo que regularmente debía suceder, y aun para algo imprevisto que el día pudiera dar de sí.

Todas estas rutinas del pensamiento y de la acción fueron perturbadas por la mudanza de casa, que se efectuó en Noviembre del 74, y no hay que decir cuán gran sacrificio fué para doña Lupe el cambio de casa. Era de esas personas que aborrecen lo desconocido y que se encariñan con el rincón en que viven. Mover los trastos era para ella algo semejante á destrucción ó demolición; pero no había más remedio que dar el salto del Norte al Sur de Madrid, pues teniendo Maximiliano que pasar la mayor parte del tiempo en la botica de Samaniego, era una falta de caridad hacerle recorrer dos veces al día los tres cuartos de legua que sepa-

M.C.D.2020

rán la calle del Ave-María de la de Raimundo Lulio. Cargó, pues, la señora de Jáuregui con sus penates, y se instaló en un segundo de la propia calle del Ave-María. Habríale gustado vivir en la misma casa de la botica; pero no había en la casa aquella ningún cuarto con papeles. Eligió un segundo de la inmediata, y sus balcones caían al lado de los de su amiga Casta Moreno, viuda de Samaniego. Los primeros días extrañaba la casa, teniéndola por peor que la otra; mas pronto hubo de reconocer que era mucho mejor, más espaciosa y bella, y en cuanto á los barrios, lo que la familia había perdido en tranquilidad, ganábalo en animación. Poco á poco se fué adaptando á su nuevo domicilio, y cuando la sorprende de nuevo nuestra narración, sentada junto á la ventana y mediando con la mano dentro de la media, en una fecha que debe caer allá por Febrero ó Marzo del 75, ya no se acordaba de la casa de Chamberí en que la conocimos.

La meditación y el trabajo no le impedían mirar de vez en cuando á la calle, y la del Ave-María era mucho más *pasajera* que la de Raimundo Lulio. En una de aquellas miradas casi maquinales que doña Lupe echaba á la calle, como para poner solución de continuidad al gravísimo problema que tenía entre ceja y ceja, vió pasar á una persona que le retuvo un instante la atención. Era Guillermina Pacheco.

—Ha de ser que la santa frecuenta ahora estos barrios—murmuró doña Lupe, alargando la cabeza para verla por la calle abajo.—Ya la he visto pasar cuatro ó cinco veces á distintas horas. Verdad que para ella no hay distancias... Ahora que recuerdo, me ha dicho Casta que es pariente suya, y le he de preguntar.

M.C.D.2020

La fundadora inspiraba á doña Lupe gran-
de simpatía. Veíala casi pasar todos los
días por la calle de Raimundo Lulio, camino
del asilo de la de Alburquerque, y
creía llegó á imaginar que la trataba. Un día
que se encontraron en Santa Engracia, doña
Lupe la saludó con inclinación de cabeza, y
Guillermina le contestó con amable sonrisa.
Siempre que había función pública en la capilla
del asilo, iba doña Lupe, deseosa de introducir-
se y de conversar algo con la santa. Admirá-
bala mucho, no precisamente por sus santidades,
sino por aquel desprecio del mundo, por su ac-
tividad varonil y la grandeza de su carácter.
Quizás la señora de Jáuregui creía sentir en su
alma algo también de aquella levadura auto-
crática, de aquella iniciativa fabril y de aquel
poder organizador. Este parentesco es-
piritual era tal vez el motivo de las simpatías
cayanas en la devoción entusiasta. Doña Lupe
deseaba tratar íntimamente á Guillermina. Sólo
le había hablado una ó dos veces en las funcio-
nes del asilo, así como por entrometimiento y
oficiosidad, y cuando en [illegible] veíala rodeada de damas de *la grandeza* y de
señoronas ricas, que tenían el coche á la puer-
ta, doña Lupe habría dado el único pecho que
tenía por meterse entre aquella gente, alternar
con ellas y mangonear en los petitorios. Por-
que ella tenía su vanidad, muy bien fundada
por cierto, de no desmerecer de las tales seño-
ras en punto á educación y modales. Bien sa-
bía ella además, que no todas habían nacido en
doradas cunas, y que la finura es lo que cons-
tituye la verdadera aristocracia en estos tiem-
pos liberales. No había razón para que ella, que
sabía presentarse como la primera, alternase
con las damas que seguían á Guillermina cual
las ovejas al pastor... Precisamente en
lo tocante á ropa estaba á la sazón la viuda de
Jáuregui en las mejores condiciones. Con su
talento y su economía se había agenciado un

M.C.D.2020

abrigo de terciopelo con pieles, que la más pintada no lo usara mejor. Y le había salido por la mitad de lo que generalmente cuestan estas piezas... Le estaban arreglando una capota, que el día que se la pusiera ¡ay, Dios mío! Estas reflexiones fueron como un inciso en lo que aquella tarde pensaba doña Lupe, inciso que se abrió al ver pasar á Guillermina, y se cerró cuando la ilustre fundadora desapareció por la calle abajo.

Vuelta á la meditación, tomando el hilo de ella en el mismo punto en que lo había soltado... "Y aunque el Sr. de Feijóo lo niegue hoy, si alguien se lo recuerda, es verdad que me rondaba la calle al año de perder á mi Jáuregui. Y si no, ¿qué hacía plantado en aquella dichosa esquina de la calle de Tintoreros? Esto fué poco antes de la guerra de Africa, bien me acuerdo, y si D. Evaristo no se va á la guerra, sabe Dios si... Pero esto no hace al caso, y vamos á lo otro. Que es una excelente persona, no tiene la menor duda. Jáuregui le apreciaba mucho, y me decía que no tenía que ser muy mujeriego... Por lo demás, hombre de veracidad, con una palabra como los Evangelios, y cosa que él decía poniéndose formal era como si la escribieran notarios... Con todo, lo que me ha venido contando estos días me parece tan extraño... Que está arrepentida, que él la ha tomado bajo su protección, porque es su padrino, que la sacó de pila. Jamás oí á Fortunata que tuviera tal padrino... Pues mire usted, Sr. D. Evaristo, que ha tenido buena mano para sacar ahijadas. Por más que diga ese santo varón, tales arrepentimientos me parecen á mí las coplas de Calainos... Y si por acaso... Quita, quita, pensamiento y no me tientes con una sospecha, que parece tan verosímil... El mismo Feijóo quizás... puede... habrá tenido... y ahora... Sobre esto quiero echar tierra, porque me volvería loca. La verdad es que el pobre señor ha dado un bajón tremendo y no debe de haber estado para morisquetas de algunos meses acá. ¡Si será cierto lo que dice!... Padrino, protección, arrepentimiento... necesidad de [illegible], reconciliación...

M.C.D.2020

parece un gato
muerto de frío

Otro inciso. Miró á la calle y vió á Guillermina que subía. "¿Pero qué trae en la mano? un palo y un garfio de hierro. ¡Vaya con la santa esta! Algo que la han dado. Dicen que lo acepta todo. Véase por dónde yo le podría ayudar á su obra, dándole media docena de llaves viejas que tengo aquí. Aquel madero que lleva parece una plantilla... Toma, como que vendrá del almacén de maderas de la calle de Valencia. Vaya unos trastines... Vea usted una cosa que á mí me gustaría, un edificio, pidiéndole dinero al Verbo... Lo haría yo tan grande como el Escorial...

Cerrado el inciso, y otra vez al tema: "Vaya con lo que me ha dicho esta mañana Nicolás que Feijóo es el primer caballero de Madrid y que le ha prometido una canongía. Si se la dan, ya no me queda nada que ver. Yo me alegraría, para quitarme esa loca de encima, pero ¡qué tiempos y qué Gobiernos! ¡Ah! si yo gobernara, si yo fuera ministra, qué derechos andarían todos. Si esta gente no sabe... si salta á la vista que no sabe. Dar una canongía á un clérigo joven, que entra en su casa á la una de la noche y pasa el tiempo charlando en el café con los curas de ropa y con otros pecos que andan por ahí sin licencias. Pero en fin, allá te la dé Dios, y si pescas la canongía, hijo, buen provecho, y escribe en llegando y no parezcas más por aquí, egoistón, tragaldabas... Pues digo, el otro, el Juanito Pablo, desde que está colocado no pone los piés en casa. Sí, comparado con sus hermanos, Maximiliano es un ángel de Dios, y un talentazo... Voy á lo que me decía Nicolás esta mañana... Que D. Evaristo es un gran caballero, y que cuando le administraron recibió al Señor con una ejemplaridad, con una unción tan grande, que todos los concurrentes al acto lloraban á moco y baba. Vaya, no sería tanto... exageración. Nicolás cuando se pone á

arreglar el 13 y 14
lo q. falta lo llevaré esta
tarde á primera hora, para
que esté á la noche

47

~~exagerar, no para~~. Pero en fin, que sea así, ¿y qué? ~~El hombre tiene su alma en su almario.~~ Ahora lo que ~~yo no sé~~ es ~~si...~~ si con toda esa ~~santi~~dad nos querrá dar gato por liebre... ¡~~Por~~ ~~drino~~, arrepentimiento!.. Dios mío, ó dame una luz clara sobre esto, ó quítame esta grillera de mi cabeza. Yo me vuelvo loca... Y no sé por qué me devano los sesos, porque en rigor, ¿á mí qué me va ni me viene? Si ~~Maximiliano~~ quiere ~~re-conciliarse~~ después de las atrocidades que pasaron, yo no debo meterme... Pero sí, sí me meteré. ¿Cómo consentir tal ~~deshonra~~? La muy bribona... imaginar que su marido puede perdonarla después de la trastada indecente que le hizo, después que su querindango atropelló á este infeliz abusando de su fuerza... ~~Verdad que de esto no es ella culpable, sino indirectamente~~ pero ~~así y todo... no se pueden olvidar ciertas cosas.~~ Si yo no hubiera estado ~~dos~~ meses seguidos trasteando á ~~mi sobrino~~ para quitarle de la cabeza la idea de la venganza... no sé qué catástrofes habrían sucedido. ¡Quería pegarle un tiro al ~~tal Santa Cruz~~, y hasta se le ocurrió hacer un cartucho de dinamita para ponérselo en la puerta de su casa! Delirios... lo mejor es el desprecio... A estos badulaques se les desprecia... Bueno está mi sobrino para meterse en lances, él que se asusta de entrar en un cuarto sin luz. ~~Pero es que el sentimiento de un ultraje tan grande, puede mucho y puede trocar en león el cordero~~... Pobrecillo Maxi, tiene un corazón de oro, y ahora que está tan dado á estudiar lo del ~~[illegible]~~ se le ocurren unas cosas... Vaya con lo que me decía anoche: "Tía de mi alma, ~~yo la perdonaría si tuviera la conciencia de haberme portado como debía después de aquel lance. Pero no hice nada, y me siento sin dignidad ni aún para perdonar. Estoy humillado, me avergüenzo de mi cobardía. No hay noche en que soñando no le pegue seis ó siete~~

pongamos

falta saber

cristian

Lástima

humillarse

afrenta?

¡Que infamia!

un

ese chico

otro

otro mundo,

á fuerza de pensar y de padecer he llegado á ~~[illegible]~~ desprendimiento de todas las pasiones, y á no sentir en mí ni odio ni venganza,

Dice que la perdona cristianamente, por esto y lo otro y que sé yo qué... pero en cuanto á hacer vida comun, ni que se lo mande el Papa. Y

tiros seguiditos á ese danzante... pim, pam, pum... pero despierto, ¡ay! la conciencia de mi vergüenza me deja helado. Yo la perdonaría, pero me acuerdo de aquello... Perdonar después de haber castigado. Esto pase... Pero perdonar con esta sociedad en el honor... Y á renglón seguido me marea para que la vaya á ver. "Tía, visítela usted, entérese... sondéela... á ver cómo se presenta. Puede que sea verdad lo que dice D. Evaristo..." Todas las noches la misma canción. Al fin, si se pone muy pesadero, no tendré más remedio que ir. Y no es mucho el paseo que tengo que dar, de aquí á la calle de las Tabernillas, que está donde Cristo dió las tres voces...

II

Un lunes por la tarde, doña Lupe entró en su casa á eso de las cinco. Venía muy emperifollada.

"Papitos, ¿quién ha venido?

—Aquel señor de las barbas blancas.

—¿Y nadie más? ¿No ha venido Mauricia?

—No señora... Esta mañana vi á la señá Mauricia en la puerta de la taberna de la Plazuela de Lavapiés. Vive por aquí cerca... Me dijo que la señora la estaba esperando. Me dice: dile á esa *tiona* que si quiere correr los mantones que los corra ella, y que si no, que los deje...

"¡Habrá indecente!... —exclamó la señora algo distraída.

Papitos, que aquella mañana había sido castigada porque trajo de la plaza una merluza muy mala, creía que á su ama no se le había pasado el berrinchín, y temblaba mirándole las manos. Pero en el ánimo de doña Lupe se había disipado la [illegible], á causa de los sentimientos de otro orden y del gran estupor que se apoderaron de ella.

"Oye, Papitos—le dijo, [illegible]

desde una hora antes reinaban en él.

vuelta para marcharse.—Vén acá, y atiende bien á lo que te mando. Yo tengo que salir ahora. Das de comer al señorito Nicolás y al señorito Maxi; pero éste vendrá mucho más tarde que su hermano. Fíjate bien, y no salgas luégo haciendo lo contrario de lo que te mando. Para principio del clérigo, pones la merluza mala que trajiste esta mañana, ¿sabes? y que está apestando... Le echas bastante sal y después le cargas de harina todo lo que puedas y la fries. Lo pones todas las tajadas, y se las embaulará sin enterarse de si está buena ó mala. Es como los tiburones que tragan todo lo que les echan. De postre le pones las nueces y el arrope, ¿sabes? Le pones en la mesa la orza, y que se harte; á ver si lo acaba. Está fermentado y no hay quién lo pase... El señorito Maxi vendrá cuando yo esté de vuelta. Si no, le pones de principio una de las dos chuletas de ternera, la más crecidita, y de postre le sacas las pastas que trajo el bollero esta mañana y la carne de membrillo que yo como. Conque á ver, si lo haces todo al revés.

Cuando le daban tales pruebas de confianza, delegando en ella la autoridad, Papitos se crecía, y aguzado su entendimiento por la vanidad, desempeñaba sus obligaciones de un modo intachable. Doña Lupe, que ya la conocía bien, estaba bien segura de que sus órdenes serían cumplidas. Papitos hacía con la cabeza el signo de comprender y se sonreía la muy tunanta, pensando sin duda: ¡aquí que no peco!... en la cantidad de sal que le iba á echar á la merluza del señorito Nicolás. Se iba poniendo guapa la tal chiquilla, y había dado un gran estirón en los meses del último verano. Lo que más le crecía era el pelo, y en él tenía su principal presunción.

"Vaya, puedes marcharte... y como yo al volver te encuentre ricitos sobre la frente, verás, verás la que se arma... Cojo unas tijeras y te dejo la cabeza como un huevo."

Doña Lupe permaneció un rato en la sala sin moverse del sillón en que se sentara al entrar, con la mantilla puesta, la mano en la mejilla, pensando en lo mismo. No había vuelto aún de su asombro, ni volvería en mucho tiempo. Fortunata, de cuya casa venía, le había dado mil duros para que se los colocara del modo que lo creyera más conveniente, y no había querido admitir recibo... Al pronto sospechó la señora de Jáuregui si serían falsos los billetes... ¿pero cómo habían de ser falsos? Tal prueba de confianza le llegaba al alma, porque no sólo era confianza en su honradéz, sino confianza en su talento para hacer producir dinero al dinero... Pues además, Fortunata, en el curso de la conversación, había dado á entender que tenía acciones del Banco, sin decir cuántas. ¿De dónde había salido este dinero? Quizás Juanito Santa Cruz... quizás Feijóo... Lo más

particular era que doña Lupe, por impulsos de benevolencia que habían surgido súbitamente en su espíritu, se esforzaba en suponer á aquel caudal una procedencia decente. ¡Fascinación que la moneda ejerce en ciertos caracteres, porque para éstos lo bueno tiene que tener buen origen!... "¿Y por qué no ha de ser verdad todo eso del padrinazgo?—se decía.—Pongámonos en un punto de vista imparcial y no hagamos juicios temerarios antes de tener datos seguros. ¿Quién se atreve á condenar á un semejante sin oirlo? Sería una crueldad, una injusticia. Eso de que siempre hayamos de pensar mal, me parece una barbaridad... Pero me estoy aquí ensimismada, y si tardo quizás no encuentre en su casa al señor de Torquemada... El dirá qué hacemos con todo este *guano*.

Al bajar la escalera, sus pensamientos tomaban otro giro. "¡Y qué guapa está!... Es un horror de guapa. Y siempre tan modosita... Parece que no rompe un plato. Cuando entré, por poco se desmaya. Y aquello no es fingido... ella será todo lo que se quiera; pero no hace papeles; no tiene talento para hacerlos, aunque quisiera. En cuanto á modales, ha olvidado todo lo que le enseñé... será preciso volver á empezar... y de lenguaje seguimos lo mismo. Aún conserva el *de clase*, que tanto me cargaba. Ni la más ligera alusión á los sucesos de Noviembre. Dirá, y con razón, que peor es meneallo...

El tranvía del Norte llevó á doña Lupe al interior de Madrid, donde estuvo unas tres horas largas. Cuando volvió á su casa, Nicolás había comido y marchádose, y Maximiliano estaba concluyendo. La primer pregunta que hizo el ama á Papitos fué referente á las órdenes que le había dado.

"No dejó nada—replicó la muchacha, enseñando á su ama la fuente en que había servido la merluza.

—¿Y dijo algo?

—No podía decir nada, porque no paraba de tragar.

Doña Lupe se sonreía. Cercioróse de que á Maximiliano se le había servido conforme á sus órdenes, y después de cambiar de ropa, dispuso su propia comida, que era de lo más frugal. Cuando la señora entró en el comedor, ya Maxi no estaba allí, y media hora después encontróle en su cuarto, sentado junto á la mesa y de bruces en ella, con la cabeza sostenida en las manos, agarradas á los cabellos. No leía ningún libro de texto, de modo que no podía. Viéndole tan ensimismado, su señora tía le dijo: "Vamos hombre, no te pongas así. No hay que tomar las cosas tan á pechos... Lo que está de Dios que sea, será. Cuando las cosas vienen bien rodadas, no hay medio de evitarlas.

"Y qué, ¿la ha visto usted?—dijo Maxi dejando al fin aquella posición violenta, y mirando con ansiedad á su tía.

—Sí, ~~hijito~~... Me has mareado tanto... Pues nada... la he visto y no me ha comido. Es la misma de siempre ~~parece que no rompe un plato~~.

—¿Está desmejorada?

—¿Desmejorada? Quítate de ahí. Lo que está es guapísima. Por cada ojo parece que le salen cuantas estrellas hay en el Cielo. A algunas personas la miseria les prueba bien.

—Pero qué, ¿está miserable? ¿Pasa necesidades?—dijo Maxi, moviéndose con inquietud en la silla.—Eso no debe consentirse...

—No digo que tenga hambre... y tal vez... Su situación no debe ser muy desahogada. Hoy á las cuatro de la tarde, según me dijo, no había entrado en su cuerpo más que un poco de pan del día antes, un pedacito de chocolate crudo y al mediodía una corta ración de bofes.

—Tía, ¡por Dios! ¿Y usted consiente eso? Bofes...

—Será penitencia tal vez—dijo doña Lupe con aquel aire de convicción ingenua que tomaba cuando quería jugar con la credulidad de su sobrino, como el gato con la bola de papel.

—Francamente, tía, eso de que pase hambres... Yo no la perdono, no puede ser... le digo á usted que eso *jamás, jamás, jamás.*

M.C.D.2020

—Ya te he dicho que no es prudente soltar *jamases* tan á boca llena sobre ningún punto que se refiera á las cosas humanas. Ya ves el bueno de D. Juan Prim qué lucido ha quedado con sus jamases.

—Pues á mí no me pasará lo que á D. Juan Prim, porque sé lo que digo... y como la Restauración depende de mí y yo no he de hacerla... Pero de esto no se trata ahora. Aunque no la pienso perdonar, me duele que pase hambre. Es preciso socorrerla.

—Pues volveré allá. Pero se me ocurre una cosa. ¿Por qué no vas tú?

—¡Yo!—exclamó Maximiliano, sintiendo que los cabellos se le ponían de punta.

—Sí, tú... porque estás acostumbrado á que todo te lo den bien guisado y cocido... Esto es cosa delicada... Yo no quiero responsabilidades. Tú no eres ya un niño y debes decidir por tí mismo estas cosas.

—¡Yo! ¡que vaya yo!—murmuró el joven farmacéutico, sintiendo un temblor, un frío... Se ponía malo de sólo pensarlo.

—Tú, sí, tú... Déjate de miedos y vacilaciones. Si lo quieres hacer lo haces, y si no lo dejas.

—No tengo tiempo de ir—dijo Maximiliano, que se tranquilizó al encontrar tan liviano pretexto.—¡Ah! ¿No sabe usted? El Sr. Ballester se va á Cataluña de mañana á pasado.

Este Ballester era el que regentaba la botica de Samaniego, en la cual estaba de segundo ó de mancebo Maximiliano.

"Y doña Casta—añadió éste,—me dijo hoy que yo quedaré al frente del establecimiento, en las mismas condiciones con que ha estado Ballester. Tendré que estar allí todo el día y parte de la noche.

Volvió á insistir doña Lupe con lenguaje duro en que Maxi debía decidir por sí mismo aquel asunto de la reconciliación, ver á Fortunata y proceder en conciencia según las impresiones que recibiera. Tanto y tanto le predicó, que al cabo el pobre muchacho formó propósito de ir, y al día siguiente, en un rato que

M.C.D.2020

le dejó libre la botica, tomó camino de la calle de Tabernillas, iba más muerto que vivo, pensando lo que diría y lo que callaría, con la penita muy acentuada en la boca del estómago, lo mismo que cuando iba á examinarse. Al llegar en la calle y reconocer el número de la casa, entróle tal espanto, que se retiró, huyendo de la calle y del barrio...

Al día siguiente hizo un segundo esfuerzo y pudo entrar en el portal; pero ante la vidriera que daba paso á la escalera, se detuvo, no se atrevía á subir, y de su mente se había borrado todo lo que pensaba decirle. Aguardó un rato en espantosa lucha, hasta que le ocurrió pensar esto: "Si ahora baja y me ve aquí..., Y salió escapado por la calle adelante sin atreverse ni á mirar hacia atrás. La tentativa del tercer día no tuvo mejor resultado, y aburrido y al fin desconcertado, resolvió escribir á su mujer una carta. En camino hacia la calle del Ave-María, iba pensando lo que escribiría. La carta debía tener mucha severidad, y un ligero matiz de indulgencia, un grano nada más de sal de piedad para sazonarla. Le diría que no podía perdonarla; pero que con el tiempo, si le daba pruebas de arrepentimiento... En fin, que ya saldría la epístola tan guapamente. Excitado por estas ideas y propósitos subió la escalera, entró en la casa, y al dirigirse á su cuarto oyó la voz de su tía que desde la sala le llamaba. Sintió en el corazón como si le tocaran con la punta de un alfiler... Entró en la sala, y... ¡lo que vieron sus ojos, Dios omnipotente! ¡Dios que haces posible lo imposible! En la sala estaba Fortunata, en pié, pálida como los que van á ser ajusticiados...

Maximiliano no cayó redondo por milagro de Dios... Dijo *¡ah!*... y se quedó como una estátua. Tampoco ella dijo nada, y miraba al suelo. Por fin el joven, en el último grado de la turbación y del desconcierto, se aventuró á hablar, y dijo algo así como *buenas tardes*... y después: *Yo creí que*... y luégo: *De modo que usted, tía*...

"No, y no me meto en nada—dijo doña Lupe, que estaba sentada como presidiendo.—Lo

único que he dispuesto es traerla aquí para que frente á frente decidais... Fortunata, siéntate.

Maximiliano tuvo un arranque, y al recuerdo de su agravio le inspiró la resolución de defenderse contra las sugestiones de su amor propio que, por lo arraigado, más parecía locura crónica que pasión verdadera. "Esto me parece prematuro—dijo, y salió de la sala.„

Pronto se le reunió su tía en el despacho, y le dijo: "Me parece bien tu severidad. Pero las circunstancias... ¿No me has dicho que era indispensable pasarle un tanto diario para alimentos? ¿Y te parece á tí que estamos en disposición de sostener dos casas?

Maximiliano tenía la cabeza tan alborotada, que no podía hacerse cargo de tales argumentos. Para él lo mismo era que su tía le hablase de dos casas que de cuatro mil. "Déjeme usted —le dijo, casi sollozando.—Soy un [illegible] Iba á decir un miserable, un estúpido, pero le pareció injusto y no lo dijo.

"Pues ya que está aquí, no se ha de marchar—prosiguió doña Lupe en voz baja.—La pondremos en el cuartito próximo al mío. Y basta. ¡Ay! ¡que siempre me han de tocar á mí estos arreglos y desarreglos!... ¿Sabes lo que te digo? Pues que aquí teneis ocasión de deciros todas las perrerías que querais ó de daros todas las explicaciones que convenientes. Yo no me meto en nada. A mí no me metais en vuestras contradanzas. Si quereis reconciliaros, en hora buena sea, y si no quereis, también. Yo echo por la calle de en medio. Ahí tienes á tu mujer. Entiéndete con ella. Allá vosotros. Bastante servicio os hago con prestaros mi casa para que os tomeis el pulso hasta ver si hay arreglo ó no hay arreglo. Y por Dios, no me des más jaquecas. Si pasan días y no encontrais medio de reconciliaros, se acabó. Con tal que sea sin escándalos, sea. Pero no me deis más jaquecas, por Dios, no me deis más jaquecas.

Esto último lo dijo en alta voz, saliendo ya al pasillo, de modo que lo oyeron muy bien, Papitos en un extremo de la casa, y Fortunata en otro.

Esta quedó

Doña Lupe, gran diplomática, era de esas personas que hacen todo aparentando no hacer nada. Desde aquella tarde Fortunata quedó en la casa, y su situación era de las menos airosas, porque su marido apenas le hablaba. Nicolás hacia el gasto de conversación en la mesa. Al segundo día, Fortunata dijo á doña Lupe que se marchaba, lo que dió motivo á que la señora saliera por los pasillos gritando: "Por Dios, no me deis más jaquecas... ya no puedo más. Que cada cual haga lo que quiera.„ Pero á pesar de esto, Fortunata no se marchó. Al tercer día, en medio de la reserva y lúgubre silencio que entre ambos cónyuges reinaba, empezó á soltar una que otra palabra; luégo ya no eran palabras, sino frases, y tras las cláusulas frías vinieron las tibias. Por fin algún concepto jovial. Al quinto día Maxi se sonreía mirando á su mujer. Al sexto, Fortunata le miraba con atención cortés cuando decía algo; al sétimo, Maxi opinaba como Fortunata en cualquier disputa que en la mesa se trabase; al octavo le daba una palmada en el hombro á su mujer; al noveno se interesaba porque su marido se abrigase bien al salir, y al décimo estuvieron como un cuarto de hora secreteándose á solas en un rincón de la sala; al undécimo Maxi le apretó mucho la mano al entrar y al duodécimo, exclamó doña Lupe como sacerdote que entona el *hosanna:* "Vaya que os poneis babosos. Basta de jaquecas. Si estais reventando por hacer las paces, ¿á qué tantos preliminares? Bien hago yo en no meterme en nada, bendita de mí.

Y de este modo se efectuó aquella restauración, aquel restablecimiento de la vida legal. Fué de esas cosas que pasan, sin que se pueda determinar cómo pasaron, hechos fatales en la historia de una familia como lo son sus similares en la historia de los pueblos; hechos que los sabios presienten, que los previsores anuncian sin poder decir en qué se fundan, y que tienen á verificarse sin que se sepa cómo, aunque se les sienta venir, no se ve el mecanismo oculto que los trae.

III

En los primeros días que sucedieron á este gran suceso, nada ocurrió digno de contarse. Y si algo hubo fué de puertas afuera. Voy á ello. Una tarde estaban doña Lupe y Fortunata en la sala cosiendo unas anillas á las magníficas cortinas de seda con que se había quedado la señora por préstamo no satisfecho, cuando Papitos, que se había asomado al balcón para descolgar la ropa puesta á secar, empezó á dar chillidos: "Señoras, vengan, miren... ¡cuánta gente!.. Han matado á uno." Asomáronse las dos señoras y vieron que en la calle, hacia abajo, cerca de la esquina de la calle de San Carlos, había un gran corrillo que á cada momento engrosaba más. "Hay un *cadáver* difunto allí en mitad de la gente—gritó Papitos que tenía medio cuerpo fuera del balcón."—Yo veo un bulto tendido en el suelo—dijo doña Lupe.—¿Ves tú algo?..." "Será algún borracho. Pero observa qué multitud se va reuniendo. Como que los coches no pueden pasar... Y mira qué policías éstos. No parecen un remedio.

"Señora, mándeme por los fideos... Ya sabe que no hay...—dijo

—Vamos... quieres curiosear...

—Mándeme—repitió la chiquilla dando brincos entre risueña y suplicante.

—Pues anda—dijo doña Lupe, que aquel día estaba de buen humor;—si no sales te vas á caer por el balcón. Pero ven prontito... y ten cuidado de limpiarte bien los piés en los felpudos que hay en la portería, y en los de la escalera, porque hay muchos barros... Mira cómo pusiste la alfombra cuando volviste de avisar al carbonero.

Salió Papitos más pronto que la vista, y estuvo fuera como unos veinte minutos. Doña Lupe la vió desde el balcón entrar en la casa y fué á abrirle la puerta... "¿Te has restregado bien los piés?

—Sí señora... mire.

¿las patas?

—Fuera ahora aquí otra vez... ¿Sabes lo que debes hacer siempre que subes? refregarte bien en el limpia-barros del vecino, en ese que está ahí.

—¿En este?—dijo Papitos haciendo un baile en el limpia-barros del cuarto vecino.

—Porque todos los pisotones de menos que le demos al nuestro, eso vamos ganando.

—¿Sabe, señora, sabe?...—agregó Papitos, que á pesar de venir sofocada de tanto correr, seguía bailoteando en el felpudo ajeno.—¿No sabe lo que hay allí? Es una mujer que parece está bebida... ¿Y no acierta quién es? la señá Mauricia.

—¿Pero oyes, mujer, has oído?—dijo doña Lupe desde el pasillo volviendo á la sala.—Mauricia... borracha... ahí tienes lo que reunió tanta gente.

—¿Pero la viste bien? ¿estás segura de que es ella?—preguntó Fortunata pasado el primer momento de asombro.

—Sí, señorita, ella es...

—Pero hija—decía doña Lupe volviendo á asomarse con oficiosidad...—Cree que me hace esto una impresión... ¡Y los de Órden Público que no parecen!... ¡Ah! sí, la levantan... ¡Qué mujer!... Miren que ponerse en ese estado.

—Ahora se la llevan... Está como un cuerpo muerto—decía Fortunata, acordándose de las escenas que había presenciado en el convento.

—Sí, se la llevan á la Casa de Socorro ó al hospital... Pero ¡quiá! no... Suben. ¿Apostamos á que la traen á la botica?

—Si tiene rajada la cabeza en salva la parte—afirmó Papitos dando á conocer gráficamente las dimensiones de la herida.—Y echaba la mar de sangre... que corría por la calle abajo, como corre el agua cuando llueve.

Cuando pasó por debajo de los balcones el cuerpo inerte de Mauricia la Dura, cargado por los de Órden Público y escoltado por el gentío, Fortunata se quitó del balcón, porque le faltaba valor para presenciar tal espectáculo. Doña Lupe y Papitos sí que lo vieron todo, y ésta tuvo aún la pretensión de que su ama la dejase ir á la botica para ver la cura que le hacían á la señá Mauricia. Pero esto ya era demasiado y aunque la chiquilla imaginó diferentes pretextos para ir á la botica no pudo satisfacer su ardiente deseo.

A lá hora de comer, Maximiliano habló del caso describiendo la cura y haciendo augurios poco lisongeros sobre la suerte de la enferma.

"Tienes razón—observó doña Lupe.—Me parece que de este barquinazo no sale. ¡Pobre mujer! Tener ese vicio! De veras lo siento, pues no hay otra como ella para correr alhajas.

Refirió entonces Maxi un pasaje curiosísimo y reciente de la historia de la [illegible], que había sido contado aquella misma tarde, después de la cura, por el Sr. de Aparisi, uno de los que solían ir de tertulia á la botica. "Pues en una de tremendas caídas que la causa del maldito vicio, fué recogida por los protestantes que tienen su capilla y casa en las Peñuelas. doña Guillermina, la señora esa que huérfanos en la calle de Xburquerque, y lo mismo fué saberlo, que volarse... Vean ustedes. Plantóse en la casa de los protestantes á reclamar á Tun, tun... ¿quién?... yo... Y salió el pastor, que es uno que llaman D. Horacio, que tiene el pelo colorado y como barbas de maíz; salió también su mujer, que es una tal doña Malvina... buenas personas los dos, porque lo protestante no quita lo decente. Entre paréntesis, se distingue por su independencia en el vestir. Doña Malvina le hace las levitas á D. Horacio, y D. Horacio le arregla los sombreros á doña Malvina. Total, que estos inglesones lo entienden: no gastan un cuarto en sastres ni modistas. Pero voy al cuento. Los pastores se las tuvieron tiesas, y doña Guillermina más tiesas todavía. Religión frente á religión, la cosa iba tomando un carácter trágico. Los protestantes decían que la recogida les había pedido protección; doña Guillermina lo negaba, sosteniendo que ellos, los protestantes, habían sonsacado Mauricia, yendo á buscarla á su propia casa. D. Horacio dijo que nones y que haría valer sus

60

derechos luteranos ante el mismo Tribunal Supremo; amoscóse la otra, y doña Malvina sacó el libro de la Constitución, á lo que replicó Guillermina que ella no entendía de constituciones. Por fin, acudió la católica al Gobernador, y el Gobernador mandó que saliese Mauricia del poder de Poncio Pilatos, ó sea de don Horacio.

—¿Ves, qué cosas?—dijo doña Lupe.—Ahí tienes los belenes que se arman por la religión. Bien decía mi Jáuregui que él era muy liberal, pero que no estaba por la libertad de cultos.

—Pero aguárdense ustedes, que falta lo mejor. D. Horacio, como inglés que sabe respetar las leyes, obedeció la orden del Gobernador, reservándose el protestar que se había violado la Constitución. Pero cuando le dijo á Mauricia que se marchara, ésta no quiso, y empezó á poner de oro y azul á doña Guillermina, hallándose ésta presente, y á todas las señoras de las Juntas católicas, diciendo que eran unas tales y unas cuales.

—¡Qué bribona! Si es atróz... le entran locuras y no sabe lo que dice.

Doña Guillermina no se acobardó por esto, ni renunció á llevársela. Los protestantes le dijeron que tuviese paciencia, y ella les contestó que no necesitaba de sus consejos, que ya sabía lo que tenía que tener. Salió y se sentó en la puerta, en un guardacantón que hay allí. Todos los días iba á sentarse en el mismo sitio. Los protestantes le decían que pasara y ella contestaba que muchas gracias... Ayer Mauricia se enfureció, y acometiendo á doña Malvina le llenó la cara de arañazos. D. Horacio llamó á los de Orden Público, y Mauricia se metió en la capilla, rompió el púlpito, volcó el tintero, hizo pedazos todos los libros, armó una barricada con las sillas y cogió la copa en que ellos comulgan, y... la profanó del modo más inde-

ni de libros de caballerías.

observó

sostener su derecho ante los Tribunales.

esos toques,

Se fué pian pianino,

como un centinela

y por fin ayer se volvieron las tornas, porque

le petaba

Pues

poner

El pastor y la pastora

la tarasca

hace

ge

vuelca

cente. Costó trabajo echarla á la calle. Al salir encontró á doña Guillermina, que le echó un cordel al pescuezo y se la llevó. Todo esto lo ha contado Aparisi, que lo sabe por el mismo D. Horacio y por doña Guillermina, y porque tuvo que intervenir como teniente alcalde que es del distrito... A Mauricia la llevaron á casa de una hermana que tiene ahí por la calle de Toledo, y se conoce que tampoco la pueden sujetar, por lo que se ha visto esta tarde. De la botica la llevaron á la Casa de Socorro, y luego irá al Hospital.

Esta relación era demasiado larga para los pulmones de Maximiliano, por lo cual llegó al término de ella fatigadísimo. Todos se pasmaron del suceso. Doña Lupe compadeció á Mauricia, deplorando que con vicio tan feo se malograse las cualidades de inteligencia corredora que la distinguían. En cuanto á Fortunata, se sentía profundamente lastimada, con todo lo que oía referente á Mauricia, mujer que le causaba horror, y deseaba que su marido acabase de contar aquellos lances, para que la conversación recayese en otro asunto. Pero no fué posible, porque durante toda la comida no se habló más que de Mauricia, de los protestantes, y por fin, Nicolás sacó á relucir lo que la misma había dicho en las Micaelas, evocando el testimonio de Fortunata... Ésta, muy contra su voluntad, no tuvo más remedio que referir los pormenores de la huerta y de la botella de coñac; pero lo hizo de prisa y corriendo, á *grandes rasgos*, como se suele decir.

IV

Aquella noche se fueron á Variedades, que está á dos pasos del Ave María. Otra ventaja de aquel barrio sobre Chamberí que se puede ir de noche á ver una piececita ó á pasar un rato en cualquier café, sin hacer una caminata de media legua, ni usar el tranvía. A Fortuna-

ta no le gustaba ir al teatro ni presentarse en público. Sentía inexplicable miedo de las miradas de la gente, y aunque pocos ó ninguno la conocían, figurábase que la conocían todos, y que todos tenían algo que decir de ella. Por desgracia asunto no faltaba. Pero si la miraban particularmente los hombres, era para admirarla, y si la secreteaban luégo, rara vez era para decir algo fundado en un conocimiento verdadero de la realidad. Otro motivo del terror que el teatro y los sitios públicos le inspiraban, era encontrar *caras conocidas*. Este recelo la tenía como azorada y sobre áscuas durante la función, porque si veía algunas de las tales caras, seguramente se impresionaría mucho, perdiendo la tranquilidad de espíritu que disfrutaba.

En la casa se hallaba muy bien. Había tenido seguramente en su vida temporadas de mayor felicidad, pero no de tan completo sosiego. Había visto días, los menos, eso sí, en que brillaba echando chispas el sol del alma, seguidos de otros en que se apagaba por completo; pero nunca alternaba con tan inalterable continuidad una serie de días tibios, iguales, de penumbra dulce y reparadora. Llevábase muy bien con doña Lupe, y con su marido le pasaba lo más extraño que imaginar pudiera. No digamos

que le quería, según el concepto ~~que ella tenía~~ del querer; pero le había tomado un cierto cariño como de hermana ó hermano. No era ni podía ser el hombre por quien la mujer da su vida, ~~sintiendo gustando~~ este sacrificio; ~~pero~~ era un sér ~~que le interesaba, que~~ deseaba ~~conservar á su lado~~. Y así como se entrevé una tierra lejana cuando se va navegando á la aventura, entreveía ~~[illegible]~~ la ~~[illegible]~~ de quererle con amor más firme, y de pasar á su lado toda la vida, llegando á no desear nunca otra mejor. Porque era un bendito, y ~~la nota de severidad~~ que solía encontrar en él cuando hablaban íntimamente, lejos de desagradarle, le gustaba. En vez de rehuir las obligaciones de su casa, Fortunata hacía por extenderlas y aumentarlas, conociendo que el trabajo la ayudaba á sostenerse en aquella situación sin lances, pero también sin penas. El corazón adormecido y todo aplacado como bajo la acción de un bálsamo emoliente. Acordábase de los dos casos que le había [illegible] el bueno de Feijóo, y pensaba si ocurriría lo que ella tuvo por más inverosímil, esto es, que se realizara ~~lo~~ primero ~~de las dos presunciones ó probabilidades~~. ¿Llegaría á conformarse con aquella vida y á ~~no desear otra~~? ¿Llegaría á contentarse con aquel fruto desabrido del amor ~~de su marido~~ sin apetecer otro?...

Maximiliano, en cambio, no podía vencer su desasosiego. Ningún motivo tenía para sospechar de su mujer, cuya vida era absolutamente correcta. [illegible] doña Lupe en que jamás Fortunata saldría sola á la calle, y esto se cumplía al pié de la letra. Ni el más ligero asomo de rebeldía advertían en ella el sobrino y la tía. ¿Quién sabe pensaba Maxi antes de la conciliación si al fin habrá abierto los ojos. Pero [illegible] acababa de tranquilizarse. Deseaba ardientemente tener hijos, por dos motivos primero, para echarle á Fortunata un lazo más y [illegible] nuevas; segundo, para que la maternidad desgastase un poco aquella hermosura espléndida que cada día [illegible]. La desproporción entre las estaturas de uno y otro, y entre el conjunto de su apariencia personal, le mortificaba extremadamente. En el teatro, ¡cómo la miraban! ¡Qué suplicio! Hacia el pobre chico esfuerzos imposibles y á veces ridículos para amenguar aquella desproporción. Encargábase calzado con tacones altos, se esmeraba en vestir bien y en atender á ciertas prolijidades de que sólo se ocupan los *dandys*. [illegible]mente, aunque Fortunata apenas se componía, la desproporción era siempre muy visible. Maximiliano [illegible] ción al ver que su esposa se cuidaba poco de hacer resaltar su belleza, mirando con desdén las modas, por dos razones también porque así se igualarían algo los dos consortes y porque así la mirarían menos los extraños.

Desde la reconciliación había abandonado por completo las lecturas filosóficas [illegible]. Sus nuevas obligaciones [illegible] la botica, le llamaban del lado de la química y de la farmacia, y se dedicó á esto con verdadero ardor, deseando aprender. Decíale doña Lupe que inventase algún específico, alguna papa cualquiera ó antigualla que con nombre nuevo pasase por prodigioso [illegible], pero él se resistía, porque [illegible] lo consideraba [illegible] estafa. Tía y sobrino tenían sobre esto altercados muy vivos... "Como si fuera un crimen

idear cualquier clase de píldoras, glóbulos ó pastillas y ponerles un nombre... "Cápsulas *hipoquitropíticas vegetales*... cualquier cosa... del Doctor Rubín... infalibles... contra cualquier cosa... contra la tisis... ó el moquillo de los perros... Lo que importa es inventar algo y ponerle unas etiquetas muy vistosas con tu retrato... Eres un mandria. Si no inventas tú algo, al fin no decidirá á inventarlo yo... Fortunata, díle que invente, convéncele... Podeis ganar ríos de oro.„

Pocas veces veía Fortunata al señor de Feijóo, que iba á la casa de visita ceremoniosamente y se estaba allí como una hora, hablando más con la señora de Jáuregui que con la de Rubín. El buen señor parecía contento; pero los achaques le mundian cada día más, y ya en Abril no salía á la calle sino acompañado de un criado. En una de aquellas visitas habló solo Fortunata, y le habló en términos tan paternales, que poco le faltó para llorar. Todo iba bien, perfectamente bien, y ya se habría convencido del valor de sus lecciones y consejos. A Maximiliano le agradaban poco las visitas de Feijóo, sin que á punto fijo supiera por qué, ni tampoco se atrevía á manifestarlo, porno tener una razón clara en qué apoyar su disgusto. Pero lo más particular era que á la misma Fortunata, al mes de aquella vida, empezaron á serle menos gratas las visitas de Maximiliano. Su gratitud hacia él era siempre la misma, también, y el aprecio en que le tenía; pero no podía menos de considerar la presencia en la casa como una [illegible]. "¿Será verdad

pensaba,—como me ha dicho él, que de estas [illegible] está llena la vida humana?... ¡Qué cosas hay, pero qué cosas!... Un mundo que se ve, y otro que está debajo, escondido... Y lo de dentro gobierna á lo de fuera... pues... claro, no anda la muestra del reloj, sino la máquina que no se ve.

Al anochecer entró doña Lupe, después de haberse [illegible] el lodo de las suelas en el felpudo del vecino.

"Oye una cosa—le dijo á Fortunata, quitándose la mantilla.—He sabido esta tarde que Mauricia se está muriendo. ¡Pobre mujer! Tenemos que ir á verla. No es lejos, Calle de Mira el Río [illegible] en casa de Casta Moreno, donde le dió Cándido Samaniego. Doña Guillermina había sacado del Hospital á Mauricia, llevándola á casa de la hermana de ésta [illegible] y la asistía el médico de la Beneficencia domiciliaria y de la Junta de señoras, y Mauricia, con estos cuidados y las ternezas de doña Guillermina [illegible] y más aún, con la proximidad de la muerte, estaba que parecía otra, curada de sus maldades y arrepentida, *en toda la extensión de la palabra*, diciendo que se quería morir lo más católicamente posible, y pidiendo perdón á todo el que llegaba á verla, en unos términos y con unos ayes y una religiosidad tan ardiente, que partía el corazón. "Te digo que si esto es verdad, habrá que alquilar balcones para ver morir á Mauricia la Dura. Mañana nos vamos allá,

Doña Lupe no iba á ver á [illegible] por pura caridad. Tiempo hacía que Guillermina la atraía, más por el señorío que por la piedad, y [illegible] la gran fundadora á hacer patente su santidad, teniendo por corte á las damas más encopetadas, allí quería meter también la jeta doña Lupe. Pues qué, ¿no era ella también dama? Sobre este particular habló largamente con Casta Moreno, que algunas noches iba de tertulia con sus dos hijas á casa de su amiga la de Zuregui, y la viuda de Samaniego se hacía lenguas de Guillermina, conceptuándola un ser sobrenatural. Y era pariente suya, lejana, por los Morenos. El amor propio y el orgullo inflaban la cavidad torácica de doña Lupe cuando se consideraba mangoneando en cosas de beneficencia á las órdenes de la [illegible] ra su edecán ó lugarteniente. Una contra tendría esto si llegaba á realizarse, y era que no había más remedio que dar algún dinero. Pero esto ya vería doña Lupe el modo de arreglarlo.

A la mañana siguiente, mientras se vestía para salir, pensó si sería conveniente ponerse el abrigo de terciopelo. Pero pronto cayó en la cuenta de que era un disparate. Sobre que se le mojaría, porque el día estaba lluvioso, no era propio aquel [illegible] atavío del lugar, personas y ocasión de la visita. Tiempo tenía de darse pisto con el abrigo, la capota y otras cosas. Encargó á Fortunata que se vistiese con sencillez, y ella se puso algo mejor apañadita, de modo que resultase siempre la conveniente distancia.

VI

Naturalismo espiritual.

I

Al entrar en la calle de Mira el Río encontraron á Severiana, á quien doña Lupe había visto algunas veces. Llevaba un vaso con medicina, tapado con un papel á estilo de botica antigua. Doña Lupe la interrogó, y enterada Severiana de que iban á ver á su hermana, hizo gustosamente de introductora, guiándolas por

el sucio portal, la menos sucia y tortuosa escalera hasta llegar al corredor. Ya se sabe que la vivienda de la honrada menestrala era una de las mejores de aquel falansterio, y que por su capacidad y arreglo bien podía pasar por palacio en semejante vecindad. Como el cuarto era grande, vivía en compañía de una tal doña Fuensanta, viuda de un comandante, que gozaba pensión del Montepio Militar, y la casa respondía á esta situación comanditaria, pues constaba de dos salitas enteramente iguales, cada una con ventana á la calle. Entre la puerta del corredor y la sala primera había un pasillo, en el cual se veía la artesa de lavar y la entrada de la cocina, con reja al corredor. Dos piezas interiores completaban el cuarto. Cuando por sugestión de Guillermina Severiana sacó á Mauricia del hospital por tercera vez y llevarla á la casa, la señora viuda del comandante cedió su cuarto para tan benéfico objeto, llevándose su cama y sus muebles á la casa de otra vecina. Mauricia fué, pues, instalada en la segunda de las dos salitas. Severiana tenía su cama en la alcoba interior, y la sala primera estaba destinada á recibir visitas, como lo delataban el relativo lujo de la cómoda, las sillas de Vitoria nuevecitas, el sofá de lo mismo, la mesa con cubierta de hule, el cuadrito de los corazones amantes, el [illegible] de la *Numancia* en mar de musgo, los retratos de militares cuñados de Severiana, la estera de esparto, flamante y sin ningún agujero, de empleitas rojas y amarillas, como la bandera nacional, y por fin, las laminitas que recientemente habían sido adquiridas en el Rastro por una bicoca. Eran excelentes grabados ya pasados de moda, el papel viejo y con manchas de humedad, los marcos de caoba, y representaban asuntos que nada tenían de español, por cierto; las batallas de Napoleón I, reproducidas de los un tiempo célebres cuadros de Horacio Vernet y el barón Gros. ¿Quién no ha visto el *Napoleón*

en Eylau, contemplando en una disposición fatal los montones de heridos, el de Jena con el brazo tieso, y el de Arcola lanzándose al puente y diciendo que le siguiera todo el que fuera francés?

Doña Lupe y Fortunata entraron precedidas de Severiana, á donde la enferma estaba en la misma estera, una cama de hierro, otra cómoda, tres sillas de paja y dos láminas más del asunto imperial: *Napoleón en Austerlitz* aclamado por las tropas, resplandeciente de orgullo y majestad y en toda la excelsitud de su poder; la *Despedida de Fontainebleau*, el granadero llorando, y el Emperador diciéndole que se iba. Mauricia estaba incorporada en la cama. Le habían cortado el pelo días antes para poderle curar las heridas de la cabeza; su perfil romano se había acentuado; era la nariz más fina, la quijada inferior abultaba más, y la extenuación le agrandaba los ojos. Las curvas airosas de la boca eran más rasgueadas, y la decomisura de los labios, que parecía obra de un agudo punzón, dábale cierta expresión de grandeza caída y de humillación sublimemente resignada. Las ojeras violadas le cogían media cara; el frontal salía como una visera recta; los ojos, grandes y ardientes, quedábanse allá dentro entre aquella piel morada que los hacía brillar como si acecharan el acaso que iba á pasar. Sus cejas negras formaban una sola línea recta. La frente era espaciosa, con un mechón de pelo negro... En fin, que Mauricia completaba la historia aquella expuesta en las paredes: era el *Napoleón en Santa Helena*.

Cuando doña Lupe y Fortunata la saludaron, las estuvo mirando un rato, como si tardara en reconocerlas. Después las nombró. ¡Qué voz! Siempre había sido ronca la voz de Mauricia; pero había bajado ya á lo más grave del diapasón. "¡Dios mío! —le dijo Fortunata, oyéndola después de mirarla. —¡Si parece un hombre...!" Doña Lupe, en tanto, sentándose

en una de las sillas de paja, pronunciaba las frases de consuelo propias de la ocasión, añadiendo: "Eso para que aprendas... y tengas formalidad. A ver si cuando salgas de ésta, te sirve de ~~lección~~ escarmiento."

Mauricia se volvió para Fortunata, que se había sentado ~~frente~~ á la cabecera; la miró mucho, sin decir nada; después ~~se puso á mirar al~~ techo, ~~diciendo~~: "Sí... bien mala he sido, bien re-mala...," Y vuelta otra vez hacia ~~Fortunata~~, le dirigió estas palabras:

"Oye tú, arrepiéntete... pero con tiempo, con tiempo. No lo dejes para última hora, porque... eso no vale. ~~Porque~~ tú tampoco eres trigo limpio, y el día que hagas sábado en tu conciencia, vas á necesitar mucha agua y ~~mucha~~ jabón, mucha escoba y mucho estropajo...

Con tan buena fe lo dijo, que Fortunata no podía ofenderse. A doña Lupe le pareció la amonestación muy impertinente y descortés, porque ¿á santo de qué venía el hablar de pecados ajenos, teniendo tantos propios de qué ocuparse? Verdad que su sobrina política había sido ~~mala también~~; pero ya estaba corregida y no había que volver sobre lo pasado. "Ya sabemos que te tratan muy bien—dijo para variar la conversación.

—Gracias á ~~doña~~ Guillermina, mi señora—~~dijo~~ Severiana, que estaba en pié ~~por los pies~~ de la cama,—no le falta nada. ¡Qué señora esa!

—¡Una santa! —exclamó doña Lupe en el tono más encomiástico. —No le dé usted otro nombre, porque ese es el que le cuadra... ¡Una santa!...

—Pero ésta se ha empeñado en no comer—dijo Severiana mirando á Mauricia—y sin comer no viven más que los camaleones.

—Pero ~~hija~~, ¿de verdad?...

—Para pasar el caldo tenemos que dárselo con Jeréz... y por la mañana, para que pase una tostadita, hay que darle un dedito de ~~vi~~ y por la noche otro dedito...

Junto clavó sus ojos en el suelo, avergonzando: Su amiga ... T ... un modelo; j/ ... no ... J, arreglando ... la madre de los pobres,—declaró ... cerrado a ... la hermana ... ayunas ... á cae bien ... ola, ... la horchata de cepa,

M.C.D.2020

—¿Pero de veras le dais pena? — preguntó alarmadísima doña Lupe.

—Lo ha mandado el médico. Dice que es medicina.

—¡Qué cosas!... ¿Y no te comerías tú—le preguntó Fortunata,—un muslito de gallina, una ruedita de merluza, una croquetita?

Sólo de oir hablar de comida se ponía peor Mauricia. Su estómago no resistía ningún alimento sólido. Le temblaban mucho las manos, y de rato en rato le daban como ataques de asfixia, siendo su respiración muy difícil, y quejándose de un fuerte calor. Estando presentes la de Jáuregui y su sobrina, estuvo Mauricia un ratito como quien desea romper á toser y no puede. Las tres mujeres la miraban con pena, lamentándose de no poderla aliviar aquel ahogo... "Bebe un poco de agua—le dijo Fortuna incorporándose." Pero aquello pasó, y Mauricia volvió á hablar, cortando mucho las frases y tomando aire á cada palabra.

"Ayer me trajeron á la niña... ¡qué guapa está!...

—¿Pero no la tienes contigo? — preguntó Fortunata.

—No, señora. Si está en el colegio—replicó Severiana—interna en el colegio de señoritas de doña Visitación.

—Yo creí que estaba aquí.

—No... más vale que esté allá... allá... de mi. Ayer... ¡qué pena!... no me conoció... Tanto tiempo sin verme... me tenía miedo... ¡pobrecita de mi alma!... miedo, así como se dice

Fortunata sentía verdadero espanto al oir esto, y doña Lupe creyó oportuno añadir estas sensatas razones:

"Eso para que aprendas... Es una lección de la Naturaleza... Corrijete, y tu hija, educada en la decencia, te querrá como debe quererte.

En esto oyeron pasos, y miraron todos á la puerta. Era doña Guillermina, que venía como siempre muy apresurada, encendidas las mejillas, con su perdurable mantón oscuro, sus zapatones, su falda de merino. Doña Lupe y Fortunata se levantaron y Guillermina saludó con aquella gracia y amabilidad que eran iguales para el Rey y para el último de los mendigos. Doña Lupe creyó que no la reconocería, pues sólo se habían hablado una vez en la función del Asilo; pero sí la reconoció, y la nombró, porque Guillermina era como los grandes capitanes, que tienen memoria felicísima de nombres y fisonomías, y soldado con quien hablan una vez, ya no se les despinta. "Mi sobrina—dijo presentando á Fortunata, y Guillermina la miró sonriendo.„ No me es desconocida su cara... la he visto en las Micaelas... Por muchos años En seguida dirigióse á Mauricia, apoyando ambas manos en la cama. "¿Y qué tal te encuentras hoy? ¿Comerías algo?... Nada, este arrechucho te pasará pronto. Mañana recibirás á Dios. ¿Cómo va esa conciencia? Buen refrigerio te vamos á dar. Eso te conviene más que nada. Yo te quería coger por mi cuenta y hacerte confesar, porque diciéndole tú misma al Señor lo buena pieza que eres, el Señor te daría su gracia... Conque Esta tarde volverá el Sr. de Nones. Me ha dicho que te confesaste bien. Se me figura que aún algunas telarañadura que sacar, ¿eh?

Mauricia se sonreía, cortada y confusa. Con la cabeza dijo que sí.

Pues estas telarañaduras hay que echarlas fuera, porque el demonio se agarra de cualquier cosa—dijo Guillermina acercándose más á la enferma y acariciándole la barba.—Conque ya sabes... mañana tenemos aquí gran fiesta... ¿Te parece? Viene á visitarte el Señor de los Cielos y la Tierra. Te parecerá á tí que no

lo mereces... Pues ~~lo es así~~; y cuando Él viene, sabido se tendrá por qué.

La vivacidad, la gracia y el fervor con que doña Guillermina decía estas cosas, impresionaron á las cuatro mujeres que las oían. ~~Estefanía~~ soltaba dos lagrimones; Mauricia se le aguaban los ojos y le temblaban mucho más las manos. Fortunata sentía en su alma tanta admiración y entusiasmo por aquella mujer, que le habría besado la orla del vestido. "Luégo dicen que ya no hay gente buena en el mundo—pensaba.—¿Pues y ésta?... Cuidado que mandar todo á paseo, casa, parientes, fortuna, amor y sacrificar su juventud para andar toda la vida entre miserias!... Asustábase de medir con el pensamiento la distancia que había entre ella y la ilustre señora; distancia infinita sin duda, y que en manera alguna podía acortarse, pues aunque la santa pecara, y ella hiciera muchas obras de caridad, las dos almas no llegarían jamás á verse próximas.

La fundadora, con aquella actividad vivaracha que ponía en todo, dictaba á Severiana algunas disposiciones para la ceremonia siguiente. "Aquí pondrás la mesilla que está en la otra sala, para hacer el altar. Yo te mandaré un crucifijo, y buscaremos flores... La ropa de la cama hay que ponerla limpia, y adornar todo el cuarto lo mejor que se pueda...

Luégo pasó á la sala, seguida de doña Lupe, que quería meter baza á todo trance: "Tendremos mucho gusto en venir mañana. Aprecio mucho á Mauricia, que á no ser por el maldito vicio, sería una buena mujer, trabajadora, fiel... Y dígame usted: De noche habrá que velarla. Yo no tendría inconveniente en quedarme alguna noche; y si no, mi sobrina...

M.C.D.2020

Barruso.

—Dios se lo pague á usted... Se acepta, se acepta la caridad. Póngase usted de acuerdo con Severiana. Yo y la comandanta nos hemos quedado anoche. Se necesitan dos personas, porque cuando le dan convulsiones, cuesta Dios y ayuda sujetarla.

—Verdaderamente—dijo doña Lupe con adulación;—los ejemplos que usted da, señora, hacen que todas las demás seamos mejores de lo que seríamos si usted no existiera.

La flor estaba bien ideada; pero Guillermina se echó á reir, agradeciendo la flor, pero no queriéndola tomar.

"¡Ejemplos yo! Eso quisiera. Me vendría bien que alguien me los diera. ¡Ay, hija! Estoy para que me enseñen, no para enseñar.

—¿Usted qué ha de decir? Ni aun le gusta que le digan todo lo que vale... Pues amiga, no sea usted tan buena y rebajaremos.

—Quite usted, quite usted... Eso lo dice por disimular. Sabe Dios las que usted habrá hecho en este mundo con esta misma Mauricia tal vez... Y ahora me las quiere colgar á mí.

—¡Yo!... No digo que no tenga yo también algunas buenas obras en mi cuentecita del cielo; ¡pero compararme con usted!... Calle usted por Dios, señora.

—En fin, no es cosa de que nos pongamos á reñir por quien peca menos... ¿le parece á usted?—dijo la fundadora, uniendo la cortesía á la modestia, y añadiendo á voz en cuello—Mi lema es este: "haga cada uno lo que pueda y lo que sepa, y Dios

—Eso mismo pienso yo...

—Conque, usted me dispensará... tengo mucho que hacer. Hasta mañana; no faltar...

Entre tanto, Fortunata estaba sola con Mauricia, porque Severiana se fué á la cocina. Le arregló las almohadas, y después ambas se estuvieron mirando. Fortunata pensaba en la simpatía inexplicable que aquella mujer le había inspirado siempre á pesar de ser tan loca y tan mala. ¿Sería tal simpatía un parentesco de perversidad? Ejercía sobre ella una atracción

Cuique

~~irresistible~~, y como le dijera algún concepto ~~referente á cosas del~~ corazón, sentíalo ~~[illegible]~~ retumbar en su mente cual si fuera verdad ~~[illegible]~~ ~~nada de algún~~ sobrenatural labio. Mil veces analizó ~~Fortunata~~ esta fascinación de su amiga, sin ~~poder explicárselo~~ nunca. Cosas del espíritu, que no las entiende más que Dios.

Mauricia parecía melancólica y sosegada. "¡Qué ~~señora~~ esa! — exclamó Fortunata. — ~~Yo digo si habrá bajado del Cielo~~. ¿Habrá nacido de madre como nosotras?

—Apuesto á que no—replicó ~~Mauricia~~.—¡Qué mujer!... El día que me quería sacar de esos indinos protestantes, ~~[illegible]~~ Iba á ~~[illegible]~~ pero se contuvo, porque le estaba absolutamente prohibido pronunciar palabras feas, siendo esto para ella un gran martirio, á causa de la poca variedad de términos de su habitual lenguaje. Y ella, como si le dijeran niña bonita... ~~tan campante~~. ¡*Miá* que traerme aquí y cuidarme como me cuida, re...! No sé cómo hablar... ~~¡Qué mujer!~~ *Miá* que esto que hace conmigo... ~~¿te parece?~~... Es prima hermana del Nazareno; no hay quien me lo quite de la cabeza... Figúrate lo que ~~valemos~~ nosotras ~~á la vera~~ de ella... ¡nosotras que hemos sido unos peines!... Es que ni arrepentidas ~~valemos~~ para descalzarle el zapato. Pues déjate que venga la otra... también aquella es de la piel de Cristo...

—¿Quién?

—La ~~otra, la~~ amiguita, la que protege á mi niña...

Fortunata vió delante de sí súbitamente una oscura niebla que se le iba encima... El corazón le dió un salto... "Jacinta—dijo;—pues qué, ¿también viene aquí ~~Jacinta?~~

—Ayer estuvo... Ella misma traía mi niña. Mira, créetelo porque te lo digo yo: cuando entró ~~parecía~~ que entraba una luz en el cuarto. ~~Todo se veía más claro.~~

Fortunata sentía ganas de echar á correr. "¿Pero todavía le tienes tirria?... ¡Ay, qué mala eres! Perdónala, que bien lo merece. Te quitó tu hombre; pero ella no tenía culpa. ¡Qué roña!... ¡ay! se me escapó la palabra fea; ~~pero no~~

querenciosa, lisonjero á su pronunciada

por

la joven

lograr encontrarle

e dor

poder

el sentido

la Dura

iso

soltar un terno;

(parentesis)

¡me entró el toque y ~~le dije unas perrerías~~ la insulté!... Que mala fui!...

No has visto otra

al compás

Supon

(16)

434

esa?

paicia

vuélvete para adentro; no, quédate fuera... Pues

lo puedo remediar. Chica, no seas loba... ¿qué crees tú, que el mejor día no te vuelve á querer D. Juan?... Como si lo viera. Cuando una se va á morir, ve las cosas claras, muy claras, y yo te digo que tu señor volverá contigo. Es ley, chica, es ley, que no puede faltar... Y si me apuras, te diré que á Jacinta no se le importará nada. A buen seguro que no le quiere nada... Estas casadas ricas, como viven con *tantismo* regalo, no quieren á sus maridos... quieren á otros. No lo digo por ésta, Dios me oiga, aunque sabe Dios lo que hará, lo cual no quita que sea un angel y que haga muchas caridades.

Fortunata no decía nada. Mauricia se inclinó hacia ella, y dándose unos aires evangélicos, en el tono que podría emplear un pastor de almas, le dijo: "Arrepiéntete, chica, y no lo dejes para luégo. Arrepiéntete de todo menos de querer á quien te sale de dentro, que esto no es pecado. No robar, no emborracharse, no decir mentiras; pero en el querer, ¡aire, aire! y caiga el que caiga. Como lo hagas así, tu miajita de cielo no te la quita nadie.

Algo iba á contestarle Fortunata; pero no pudo porque entró doña Lupe dándole prisa para marcharse. Era un poco tarde y tenían que ir á otra parte antes de regresar á casa. Despidiéronse con promesa de volver al día siguiente, y salieron. Por la calle hablaron de doña Guillermina, de quien dijo doña Lupe: "Es una mujer esa que fascina; y cuando se la trata, sin querer se vuelve una también algo santa... Cincuenta y tres reales me debía Mauricia. Yo, de todas maneras, se los había perdonado; pero ahora, créelo, me alegraría de que me debiera lo menos, lo menos doscientos para perdonárselos también.

II

Dos horas antes de la señalada para que Mauricia recibiera á Dios, ya estaba allí Guz. Hermina. "Pero Severiana, ¿en qué estás pensando?—fué lo primero que dijo al entrar por el pasillo.—Quita de aquí esto artesón. ¡Vaya un adorno! Ropa sucia y agua de jabón!

—Señorita, lo iba á quitar... Pase usted. Me han dicho las vecinas que las dos láminas de Napoleón que caen al lado del altar deben quitar, porque era muy

—Déjate de tonterías... ¿Y cómo está esta pájara hoy? ¿Qué tal, Mauricia?

Aquel día estaba bastante aplanada, las manos más temblorosas, respirando lentamente, aunque sin gran fatiga, con una invencible tendencia á permanecer quieta, los ojos fijos en el techo ó en cualquier objeto sin querer hablar.

Enterose Guillermina minuciosamente de todo, de cómo había pasado la noche, de quiénes se habían quedado á velarla, de si había venido el padre Nones á reconciliar á la penitente, de lo que había dicho el médico en la visita de la mañana. A todo contestó Severiana: el médico había mandado que se le diera doble dosis de *la nuez cómica* y seguir con el [illegible] y el bromuro, y por supuesto el Jeréz ó Pajarete. Guillermina, sin dejar de oir esto, empezaba á poner su atención en otra cosa. Frente á la ventana y formando ángulo recto con la cama habían puesto la mesa que debía ser altar, y en ella estaba de rodillas Juan Antonio, el marido de Severiana, clavando en la pared todos los clavos que creía necesarios para decorar convenientemente aquel sitio.

"No clavetee usted más, por Dios... Y que el ruido la molestará... ¿Pero qué van á poner ustedes ahí?

La comandanta entró con unos pedazos de damasco rojo y amarillo, que habían sido cortinas cuarenta años antes, pasando después por distintos usos. Con aquella tela se forraría la pared, formando la bandera española, amarillo en medio y encima se pondría una lámina del Cristo del Gran Poder, propiedad de Severiana. "No me parece mal—dijo Guillermina, sacando del estuche sus anteojos y poniéndoselos.—A ver, Juan Antonio, si se luce usted. ¿Y flores, no tenemos?

"De trapo... verá usted—replicó Severiana llevando á la señora á su alcoba y mostrándole un montón de flores de papel dorado, tul y talco que sobre la cama tenía. Allí había de todo: moñas de toros y esas rosas con hojas plateadas que sirven para decorar los pitos del Santo. "Esto es muy feo—dijo Guillermina—¿pero no hay naturales, ó siquiera ramaje?

—Sí señora... El vecino del [illegible], que es no sé qué de la Villa, me ha prometido traer rama de pino y carrasca. Esto lo pondrá Juan Antonio por arriba haciendo cenefas... ¿le parece á usted?

—Buscar algún bonito tiesto de *bónibus*, hija, no se os ocurre nada—indicó Guillermina, vol-

viendo á la sala,—y en las ramas verdes atais flores de trapo y resulta muy bonito.—Vaya, Juan Antonio, no más clavos, ya están bien sujetas las cortinas. Ahora cuelgue usted la Virgen de las Angustias á un lado del Señor y al otro.

La comandanta entró trayendo un cuadrote muy grande del Pío IX, echando la bendición á las tropas españolas en Gaeta. Aprobó Guillermina, y para hacer juego, propuso Juan Antonio poner al otro lado la *Numancia*. Guillermina vaciló en dar su asentimiento; pero al fin asintió diciendo: Bueno, ponedlo, que el Señor no se ha de enfadar.

Salió luégo al corredor, y habiendo notado que la escalera no estaba barrida aún, llamó á la portera. "¿Pero usted en qué está pensando? ¿Usted no sabe que hoy viene el Señor á esta casa? Y tiene usted ese portal que da asco mirarlo. Coja usted la escoba, mujer. Si no, la cogeré yo. Qué, ¿se cree usted que no lo hago como lo digo?„

La portera vió que doña Guillermina se quitaba el manto... "No, señorita, no sea tan viva de genio. Barrerémos... pero ya verá cómo toda esta granujería lo vuelve á ensuciar en seguida.„

—Pues lo vuelve usted á barrer.

Guillermina bajó al patio donde había entrado un ciego tocando la guitarra, y estaban muchos chiquillos jugando á los toros. "Eh, niños, hoy es preciso que tengamos mucha formalidad. Y cuidadito con echarme basura en el portal y en la escalera. Todo aquel montón de eneas y junco que está allá junto á la puerta del sillero me lo vais á quitar y á ponerlos á la parte de adentro.„

Los chicos oyeron esto sin chistar. En el fondo del patio se había establecido un sillero que hacía fondos de junco y tenía montones de ellos arrimados á la pared, los unos teñidos de rojo y puestos á secar, los otros sin teñir, cortados y apilados. Tenía este industrial por enemigos naturales á los chicos de la vecindad, que bonitamente le robaban los juncos para sus

juegos y travesuras. Al ver á la señora parlamentando con ellos, salió de su tenducho y encarándose con la infantil cuadrilla, les dijo:

"Ya veis, gateras, lo que *vus* dice la señora. Que *vus* esteis quietos, que *vus* esteis callados, que si no, *vus* llevará á todos á la cárcel.

—Tiene razón el maestro Curtis—dijo la fundadora, poniéndo la cara más severa que le fué posible.—A la cárcel no los llevo á todos, si no se portan hoy como es debido, hoy que viene á honrar esta casa el...

La interrumpió un señor sacerdote anciano que entró derecho hacia ella. Era el padre Nones.

"Buenos días, señora. Ya está usted en planta, oficiando de capitana generala.

—Tengo que estar en todo. Si yo no metiera mi cucharada en todas partes, vendría usted luégo con el Señor y tendría que entrar pisando lodo, basura y cuanta inmundicia hay.

—¿Y qué importa?—observó Nones riendo.

—Claro que no importa; pero ¿por qué no hemos de tener limpieza y decoro delante del Señor, siquiera por estimación de nosotros mismos? Se limpia la casa cuando vienen el teniente alcalde y el médico del Ayuntamiento con sus bastones de borlas, y se ha de dejar sucia cuando viene el... Pero cállese usted hombre, por amor de Dios.

Esto se lo decía al ciego de la guitarra, que habiéndose enterado de la presencia de la señora, quiso que la señora conociera la suya, y se acercaba tanto, que al fin parecía que la quería meter por los ojos el mango del instrumento. Al propio tiempo tocaba y cantaba hasta desgañitarse...

"Que se calle usted... por Dios... Nos deja sordos—dijo Guillermina sacando su portamonedas.—Tenga, y á la calle á cantar. Hoy no quiero aquí fandanguos. ¿Me entiende usted?

Marchóse el ciego y Guillermina siguió hablando con el padre Nones: "Suba usted á ver si me la reconcilia hoy. Paréceme que no está muy bien dispuesta. La encuentro peor de la enfermedad del cuerpo; el alma es la que está siempre perturbada. ¡Qué ideas tan extrañas! Suba usted. Yo no me voy ya de la casa hasta que se acabe todo.

Subió Nones, y Guillermina, después de cambiar un párrafo con el sillero y con otros vecinos de la planta baja, recomendó que barrieran la delantera de las respectivas puertas, iba á subir después; pero le interceptaron el paso dos sujetos que bajaban. Era el uno don José Ido del Sagrario, á quien no conocerían los que le vieron en la época á que se refiere el principio de esta historia, según estaba de bien trajeado y limpio. Visto por detrás, parecía otra persona; más de frente, lo desgarbado de su cuerpo, la escualidéz carunculosa de su cara y el desarrollo cada vez mayor de la nuez, le declaraban idéntico á sí mismo. El que le acompañaba era un infeliz murguista, habitante en el segundo patio y en el mismo cuchitril en que habitaba antes Izquierdo. Lo primero que se notaba en él era la gran bufanda que le envolvía el cuello subiendo en sus vueltas hasta más arriba de las orejas, y descendiendo hasta el pecho. Llevaba gorra con galón, y de la bufanda para abajo toda la ropa era de purísimo verano, y además adelgazada por el uso. Temblaba de frío, y con el brazo derecho oprimía los aros broncíneos de un trombón, cuya boca abollada dirigía hacia adelante como si quisiera bostezar con ella en vez de hacerlo con la suya propia.

"Este amigo—dijo Ido, en son de presentación,—este amigo mío... un italiano, señora... se llama el señor de Leopardi, artista desgraciado; pues me ha dicho que si la señora quiere, naturalmente, se pondrá en la escalera cuando pase la Divina Majestad y tocará la marcha real..."

El otro infeliz murmuró algo con marcado acento extranjero, quitándose la gorra con la temblorosa mano.

"¡Pero qué cosas se le ocurren á este hombre! Ave María Purísima—exclamó Guillermina con benevolencia.—Déjese usted de marchas reales... No, no se quite la gorra; se va usted á constipar. Miren ustedes, aquí, y durante la ceremonia, mientras menos mejor.

Ido y Leopardi se miraron desconcertados. Á la perspicacia de Guillermina no se ocultó lo mal que estaba de ropa el infeliz artista, y le dijo que se fuera á su cuarto que tocara allí el trombón todo lo que quisiese y por fin que... "Yo veré si encuentro por ahí unos pantalones."

Subió al corredor alto y de puerta en puerta exhortaba á los grupos de mujeres que allí estaban peinándose. "Á las doce... que no vea yo aquí estas greñas... Mucho cuidado. Y barrerme bien todo el corredor. La que tenga velas que las saque, la que tenga flores ó tiestos bonitos que los lleve allá... Y todos estos pingajos que aquí veo colgados, que no los vea yo después."

"¿Sirven estos ramos de caracoles?—dijo la del guarda de consumos, mostrándolos en la puerta de su casa.

—Ya lo creo que sirven. Llévalos. Y tú, Rita, recógete esas melenas, mujer, que pareces una cómica. Es preciso que estéis todas muy decentes.

La mujer del sereno se disponía á encender el farol de su marido y á ponerlo colgado del chuzo en la reja de la cocina. Otra preguntaba si valía el quinqué de petróleo. Hubo quien sacó los trapitos de cristianar para ponérselos. Á las niñas que debían salir al portal con velas para recibir la Majestad se les pusieron los pañuelos de Manila llamados de talle, y la que tenía botas nuevas

se las calzaba; la que no, salía como estaba, con las alpargatas llenas de agujeros. "No requiere lujo, sino decencia—repetía Guillermina, que comunicaba su actividad febril á todos los vecinos y vecinas de la casa. Cuando volvía al cuarto de Severiana, encontró al Padre Nones que salía. "Le he enderezado las ideas, señora, ahora está bien preparada—le dijo. Voy á la iglesia. Dentro de tres cuartos de hora estaremos aquí."

Entró Guillermina en la casa y vió el altar, que estaba muy bien. Juan Antonio había claveteado las flores de trapo al borde de los lienzos de damasco, formando como un marco. Estaba realmente bonito, y así lo declaró la señora, echando sus gafas al conjunto. Luégo cubrió la mesa con una colcha muy hermosa que había hecho la comandanta, mujer de gran habilidad, para rifarla. Era de cuadros de malla, combinados con otros cuadros de *peluche* carmesí. Encima se puso un paño de altar traído de la parroquia, que tenía un hermoso encaje. Trajeron luégo las ramas de pino, y para colocarlas tuvieron que improvisar búcaros con barrilitos de aceitunas y de escabeche, que Juan Antonio cubrió y decoró con pedazos de papel pintado. Era papelista, y hacía muy bien. Se pusieron los ramos de caracoles, cajitas de dulces, estampas y los retratos de los dos sargentos hermanos de Juan Antonio, con su pantalón rojo, muy á lo vivo, y los botones amarillos asomaban por entre las ramas de pino, como soldados que están en emboscada acechando al enemigo. Algunas cosas le parecían mal á Guillermina, pero no dijo nada por no turbar la cándida piedad de aquella gente.

Poco después llegó á la casa Estupiñá, de capa verde, trayendo bajo ella una cosa que abultaba mucho y que guardaba con respeto. Era el crucifijo de bronce de Guillermina, her-

mosa escultura de bastante peso. Plácido no quiso entregarla á nadie sino á la misma [illegible] salió al pasillo, recogió de manos de Rossini la sagrada imagen, y quitándole el pañuelo que la envolvía, entró con ella en la sala, pareciéndose mucho, en tal momento, á una verdadera santa escapada del Año Cristiano para recibir culto en el [illegible] altar. Puso el Cristo en su sitio, regocijándose mucho con la admiración que [illegible] producía en los circunstantes y después salió á dar órdenes á Estupiñá. Vaya usted á la parroquia para que acompañe al Santísimo, y diga que traigan pronto las velas que se han de repartir aquí.

En esto, ya habían entrado Fortunata y [illegible] Lupe, ambas de negro, muy decentes, y mientras la de Jáuregui metía [illegible] Guillermina, [illegible] pasó á ver á Mauricia. Encontróla como aturdida, sin saber lo que le pasaba. A las preguntas que le hizo, [illegible] con la mayor concisión, porque el temor de decir alguna palabra fea enfrenaba sus labios. Estaba reducida á usar tan sólo la tercera parte de los vocablos que emplear solía, y aún no se le quitaban los escrúpulos, y sospechaba que [illegible] las voces más [illegible] tes. Lo que Fortunata le oyó claramente fué

esto: ¡Ay, qué gusto salvarse!... Pero al punto frunció el ceño Mauricia. Le había entrado la sospecha de que la palabra *gusto* fuese mala. Comunicó sus temores á su amiga, la cual tranquilizó sonriendo, y por fin le dijo que siendo su intención buena, no importaba que se le saliese sin querer de la boca alguna palabra mala; pero no las tenía todas consigo y estaba como la presión de un gran temor. En un momento que cogió á Fortunata sola, le dijo temblorosa: "Arrepiéntete de todo, chica, pero de todo... Somos muy malas... tú no sabes bien lo malas que somos.

III

Se acercaba la hora, y en el patio sonaba el rumor que acompaña á las grandes solemnidades. El pueblo ocupaba el sitio infalible que la curiosidad designaba. Todos los vecinos sellas de sus casas. En el portal no se cabía, y todos los chichos del barrio se habían dado cita allí, cual si creyeran que sin su asistencia no podía Dios disponer. Guillermina recorría toda la *carrera*, desde la puerta del cuarto de Severiana hasta la de la calle, dando órdenes, inspeccionando el público y mandando que se pusieran en última fila los chicos que no tenían buen ver. Había venido de la parroquia un hombre asacristanado, y estaba repartiendo la carga de velas que trajo.

En lá parte del corredor, entre la escalera y la puerta, mandó que se pusieran las niñas que tenían pañuelo de talle, y como no tuvieran velas, ordenó que se les diesen. Acercóse la comandanta, como un edecán de parada, á decirle que en la calle, frente á la misma puerta, se había puesto un condenado pianito, tocando jotas, polkas y la *canción de la Lola*; que esto era una irreverencia y que no se debía consentir. Á lo que replicó la santa que no debían ocuparse de lo que pasase en la calle, pero observando después que el dichoso pianito molestaba mucho y ofendía el recogimiento del acto, bajó al portal y habló con el de Órden Público, que allí estaba. Todos los individuos de este cuerpo que conocían á Guillermina la obedecían como al mismo gobernador. El resultado fué que el piano tuvo que salir pitando, y sus arpegios y escalas se oían después perdiéndose en el bullicio de la calle de Toledo.

Llegó el momento hermoso y solemne. Oíase desde arriba el rumor del portal, y luégo en el seno de aquel silencio, que cayó súbitamente sobre la casa como una nube, la campanilla vibrante marcó el paso de la comitiva del Sacramento. El altar estaba hecho un áscua de oro con tantísima luz, que reflejaba hasta el tallo de las flores. Se había entornado la ventana, y todos de rodillas esperaban. El *tilín* sonaba cada vez más cerca; se le sentía subir la escalera entre un traqueteo de pasos; después llegaba á la puerta, vibraba más fuerte en el pasillo acompañado del mujo-mujo de los latines que venía murmurando el acólito. Entró por fin el padre Nones, alto, que parecía que llegaba al techo, un poco encorvado, con la cabeza blanca como el vellón del cordero pascual, llevando agasajado entre los pliegues de la capa blanca, el porta-formas. Se arrodilló ante el altar y allí estuvo rezando un ratito. Mauricia estaba en aquel instante blanca, diáfana, y sus ojos entornados miraban al sacerdote y lo que entre manos traía. Guillermina se puso á su lado y acercó su rostro al de ella. Cuando el sacerdote se acercaba, la santa susurró al oido de la enferma como secreto de ángeles, estas palabras: "Abre la boca." El cura dijo: "

y todo quedó en silencio, y Mauricia cerró los ojos.

Poco después salió la comitiva, precedida de la campanilla, entre la calle formada por mujeres arrodilladas con velas ó sin ellas. Se sintió que bajaba y que salía y que se alejaba por la calle. Cuando ya no se oyó más el *tilín*, Guillermina, cesando de rezar, acercó su cara á la de Mauricia y empezó á darle besos. Todas las demás, llorando á moco y baba la felicitaban, y por fin la misma Guillermina tuvo que mandar que cesaran aquellas manifestaciones de regocijo, porque Mauricia se afectaba mucho, y podría resultarle alguna molestia, y inclusa grarse en parte el buen efecto que la medicina espiritual debía producir en la dolencia del cuerpo. Por efecto de la excitación, Mauricia no sentía dolor ni molestia alguna; estaba como bajo la acción de un fuertísimo anestésico que debía producir efectos infalibles aunque pasajeros. Desde la edad de doce años, en que la llevaron á comulgar por primera vez, no había vuelto á verse en otra como aquella, y con la impresión recibida retrogradaba su pensamiento á la infancia, llegando hasta adormecerse por breves momentos en la ilusión de que era niña inocente y de que, como entonces, ignoraba lo que eran pecados gordos.

También mandó Guillermina despejar la habitación y que se apagaran las luces. Entre la mucha gente que había entrado, veíanse dos mujeres muy bien vestidas á la chulesca, con mantón color café con leche, delantal azul, falda de corte elegante, pañuelos de color chillón á la cabeza, el peinado rematado en pico con peineta y bolas de la más perfecta hechura y ajuste. Parecían deseosas de hablar á Mauricia; pero no se atrevían á adelantarse hasta la cama. Guillermina, concluída la ceremonia, no les quitaba ojo, y por fin resolvió darles el quién vive. "Señoras mías—les dijo,—¿qué bueno traen ustedes por aquí? Si han venido por devoción, me parece muy bien. Pero si vienen á curiosear, siento tener que decirles que tomen la puerta y que aquí no hacen falta para nada."

Salieron las tales muy corridas, echando de sus bocas, por la escalera abajo, palabras abso-

los párpados de

se abatieron, proyectando sobre las ojeras la sombra de sus largas pestañas.

con ruidosos aspavientos,

santa hubo de

retroceso peligroso.

de los que

quiquiriquí

el calzado

lutamente contrarias á los latines que pocos momentos antes se habían oído en el propio sitio. Todas las que presenciaron la *indirecta* que les echó Guillermina, lo celebraron mucho, diciéndole doña Lupe al pasar á la sala: "Vaya unas despachaderas que tiene usted, amiga mía. Eso se llama carácter.

—¿Qué se creen ustedes? Á esta gente hay que tratarla así. Á una de ellas la conozco. Fué la que en cierta ocasión me recibió á escobazos cuando por mala inteligencia entré á pedir limosna en la casa en que vivía con otras del mismo pelaje... Verdad que al día siguiente fué á pedirme perdón y llevarme un duro...

—La otra—dijo Severiana,—es *Pepa la Lagarta*... mujer de historia, ¿sabe?... la que dicen mató á su querido con una aguja de coser serones... muy amigota de Mauricia, á quien debe quinientos reales... Y no se los puede sacar... ¿Pero creen ustedes que no tiene dinero? Ya quisiera yo... Gasta como una marquesa, y el mes pasado costeó, en San Cayetano, una novena á la Virgen de las Angustias, que era lo que había que ver...

—¿Una novena?

—Sí, porque sanara el *Clavelero*, un chulito que tiene muy guapín, el cual recibió un achuchón en la plaza de Leganés... como que le entró el pitón por salva la parte... Pues el *Clavelero* sanó. ¿Y eso...? Vea usted, señora doña Guillermina, qué cosas hace la Virgen.

—Ella se sabrá por qué; tonta.

Poco después se retiró Guillermina. La casa volvió á tomar su aspecto ordinario. La comandanta y doña Lupe estaban en la sala hablando de la rifa de la maravillosa colcha que decoroba el altar. Fortunata y Severiana acompañaban á Mauricia, que se aletargaba lentamente, pues no había dormido nada la noche anterior. Doña Fuensanta, deseosa de mostrar á la señora de Jáuregui sus habilidades, la invitó á pasar á la casa inmediata donde tenía un gran tapete de mesa hecho de terciopelo con aplicaciones bordado con seda argelina, varias obras de crochet tunecino, con un punto inventado por ella, y otras labores preciosísimas.

M.C.D.2020

Viendo Fortunata que Mauricia se dormía profundamente, salió á la sala. No había nadie. Se acercó á la ventana, mirando á la calle por entre los cristales, y allí estuvo un largo rato con la atención vagabunda y el pensamiento adormecido, cuando un rumor en el pasillo la sacó de su abstracción. Volvióse y se quedó ~~ver~~ ~~la al ver~~ á Jacinta que, detenida en la puerta, alargaba la cabeza para ver quién estaba allí. Traía de la mano una niña, vestida á la moda, pero con sencilléz y sin pizca de afectación de elegancia. Avanzó hacia Fortunata, interrogándola con aquella sonrisa angelical que vista una vez no se podía olvidar. Sentía la de Rubín una gran turbación, mezcla increible de cortedad de genio y de temor ~~de la~~ superioridad ~~de Rubín~~, y se puso muy colorada, después ~~muy pálida~~. Debió Jacinta decirle algo; sin duda la otra no acertó á contestarle. La señora de Santa Cruz se acercó á la puerta que comunicaba con la otra sala. Entonces Fortunata, que se hallaba detrás, dijo: "Se ha quedado dormida."

Jacinta se volvió hacia ella, y otra vez le echó aquella mirada y aquella sonrisa que la asesinaban. "En ese caso, esperaremos un poco —dijo en voz casi imperceptible, sentándose en una de las sillas de paja." Fortunata no sabía qué hacer. No tuvo valor para marcharse, y se sentó en el sofá. Casi en el mismo instante Jacinta se sintió vacilar en su asiento, y acudió al sofá, diciendo: "La silla se cae." Halláronse las dos juntas, tocando falda con falda. Fortunata, por no mirar á ~~Jacinta~~, miraba á la niña, á quien tenía en pié delante de sí, cogiéndola de las manos. Vió la de Rubín el trajecito azul de Adoración, sus botas, todo su decente atavío, y en aquella inspección ~~minuciosa~~ que hacía, sus miradas y las de Jacinta se encontraban algunas veces al retirarse de la contemplación de la niña. "¡Oh, si tú supieras al lado de quién estás!"—pensaba Fortunata, y aquí su temor se desvanecía un tanto, para dejar surgir la ira. "Si yo te dijera ahora quién soy, padecerías quizás más de lo que yo padezco." Adoración

M.C.D.2020

quería decir algo; pero Jacinta le tapaba la boca, y mirando á Fortunata se sonreía con esa ingenuidad que indica ganas de trabar conversación. Comprendiólo la otra, y así pensaba: "No, pues yo no he de decirte nada..." La niña, aquel dato vivo de la bondad de Juanito, no podía menos de determinar en Fortunata un pensamiento distinto de los anteriores. Pero sus antiguos odios trataban de envenenar la admiración: "¡Oh! si, señora—pensaba.—Ya sabemos que tiene usted un sin fin de perfecciones. ¿A qué cacarearlo tanto...? Si todas fuéramos como usted, si estuviéramos como usted, entre personas decentes y bien casaditas con el hombre que nos gusta, y teniendo todas las necesidades satisfechas, seríamos lo mismo. Sí, señora; yo sería lo mismo que usted si estuviera donde usted está... Vaya, que el mérito no es tan grande, ni hay motivo para tanto bombo y platillo. Y si no, venga usted á mi puesto, al puesto que tuve desde que me engañó el indecente de usted, y entonces veríamos las perfecciones que nos sacaba usted."

Y las miradas de Jacinta volvieron á flecharla otra vez. Eran un comentario que con los ojos ponía á la tontería ó pueril gracia que Adoración acababa de decir. Sin saber cómo, aquel nuevo flechazo trajo á la mente de Fortunata un pensamiento que en cierto modo se eslabonaba con la presencia de aquella niña. Acordóse de que Jacinta había querido recoger á otro niño, creyéndolo hijo de su marido... "¡Y mío!... ¡creyéndolo el mío!" Fortunata se despeñó desde esta idea en un verdadero abismo de confusiones y contradicciones... ¿Habría hecho ella lo mismo? "Vamos, que no... que sí... que no, y otra vez que sí..." Y si el *Pituso* no hubiera sido una falsificación de Izquierdo; si en aquel instante, en vez de mirar allí á la niña de Mauricia, viera á su pobre Juanín... Le entraron tan fuertes ganas de echarse á llorar, que para contenerse evocó su coraje y tocó el registro de los agravios, segura de que le sacarían del atolladero en que estaba. "Porque tú me quitaste lo que era mío... y si Dios hiciera

justicia, ahora mismo te pondrías donde yo estoy, y yo donde tú estás, grandísima ladrona...„ No siguió, porque Jacinta, no pudiendo resistir más las ganas de entablar conversación, la miró otra vez y le hizo una preguntita: "¿Qué tal estuvo la Comunión? Y Mauricia, ¿qué tal?...„ Hé aquí á Fortunata otra vez turbada y sin saber lo que le pasaba. "Muy bien... pero muy bien... Mauricia buena, quiero decir... contenta...„

Agradeció mucho Fortunata que en aquel momento se abriese suavemente la puerta de la alcoba y apareciera la cabeza de Severiana. Hacia ella fué corriendo Adoración. "Chitito— dijo Severiana, entrando pasito á paso.—No hagas ruido, que tu mamá está dormida. Tiempo hace que no ha cogido un sueño tan largo. ¡Ay, señorita, lo que se ha perdido usted! Ha estado todo tan bien, que daba gusto.

~~¿Me alegro... ¿Hace mucho que se fué Guillermina?~~

Mientras Jacinta y Severiana hablaban, Fortunata, que continuaba sentada, examinó detenidamente á su rival, fijándose principalmente en el traje, en el abrigo, en el sombrero... No le parecía propio venir de sombrero; pero por lo demás, no había nada que criticar. El abrigo era perfecto; Fortunata hizo propósito de hacerse el suyo exactamente igual. Y la falda, ¡qué elegante! ¿Dónde se encontraría aquella tela? Seguramente era de París.

Oyóse la voz ronca de Mauricia. Severiana entró corriendo, y Jacinta miró por el hueco de la puerta entornada. Cuando Severiana volvió á la sala, Jacinta dijo: "Yo no entro. Vea usted con la pequeña. Yo me quedo aquí."

Á pesar de lo trastornadas que estaban sus facultades, supo apreciar el verdadero sentido de aquella resistencia de Jacinta á presentarse con la niña. Era un sentimiento de modestia y delicadeza. Quería sustraerse á las manifestaciones de gratitud de Mauricia, y evitarle á ésta el sonrojo de su desairada situación como madre.

"¿Será por esto por lo que no quiere entrar?—se preguntó mirándola de espaldas.—¡Qué remilgos estos! Cuando digo que me cargan á mí estas perfecciones... Pues lo que es yo, sí entro.

Severiana se acercó á la cama, llevando de la mano á la chiquilla. "Mauricia, mira lo que te traigo... ¿Cuál visita te gusta más? ¿Esta ó la que estuvo esta mañana?"

Mauricia le echó los brazos á su hija y le dió muchos besos. La niña no se asustó y besó también á su madre, sin efusión de cariño, y como besan á cualquier persona los niños obedientes cuando se lo manda la maestra. "¡Ay, qué mala he sido!—exclamó la enferma, también sin efusión, como quien cumple un trámite...—Niña de mi alma, bien haces en querer á doña Jacinta más que á mí, porque yo he sido mala y muy..." Atravesósele el vocablo, y Mauricia hizo como escupía algo. Luégo revolvió á todos lados sus miradas anhelantes, diciendo: "Severiana, ó tú, ó cualquiera, si quisiérais darme..."

Doña Lupe y la comandanta habían entrado también.

"¿Qué tal, Mauricia? Hoy os para ti día feliz. Recibes á Dios, y ves á tu niña. ¡Oh, qué guapa está!

Pero Mauricia tenía todo su sér embargado

por la ardentísima ansiedad física que experimentaba, y sus ojos de águila se fijaron en Severiana que escanciaba en un vaso algo del contenido de una botella. El licor brillaba con reflejos de topacios engastados en oro. "Cómo lo miras, bribona—pensó la escéptica y observadora doña Lupe,—esa es la Eucaristía que á tí te gusta, el pajarete..." Y cuando se lo tomó, decía la muy picarona: "Eso, saboréate bien, y relámete. No lo hacías así cuando recibías á Dios..."

Después de beber, Mauricia pareció como si resucitara, y su cara resplandeció de animación y alegría. Entonces sí que demostró que en el fondo de su sér existían instintos y sentimientos maternales; entonces sí que abrazó y besó con efusión tiernísima á la hija que había llevado en sus entrañas... Y lloró tanto, que tuvieron que quitarla de los brazos á Adoración porque no parecía sino que á la enferma le iba á dar un síncope... "Sí, que te lleven, que te quiten de mi lado... ¡No merezco tenerte... Te mancho! Pero estoy contenta... Dicen que me tengo que salvar... ¡Ay, qué gusto! Y mi hija está mejor en la tierra con doña Jacinta que conmigo en el Cielo... Y nada más."

Adoración rompió á llorar entre afligida y espantada. Total, que se la tuvieron que llevar, porque aquel espectáculo no podía prolongarse. Mauricia seguía dando besos al aire y diciendo cosas que conmovían á los demás... "Sí, sí—pensaba doña Lupe, que también estaba conmovida.—¡Cuánto quieres á tu hija!... ¡Te la beberías!"

Fortunata no aguardó al fin de la escena. Sentía en su interior un trastorno tan grande, que una de dos, ó rompía á llorar ó reventaba. Refugióse en el cuarto interior, y echándose sobre un baul, se echó á llorar. Los sentimientos que mostraban aquel raudal de lágrimas no eran únicamente los despertados por la situación del momento, eran algo antiguo, depositado

tado en su alma su tradicional desgracia, su despecho combinado con su vago deseo de ser buena, "sin poderlo conseguir... Cuidado que esto de lo que se dice y no se cree...„

Severiana, que entró en el cuarto oscuro á buscar unas bayetas para calentarlas, tropezó con el cuerpo de Fortunata y dijo: "Quién está aquí.„ Disimuló la otra su turbación, respondiendo que el *paso aquel* entre Mauricia y su hija la había afectado mucho, y que no había tenido más remedio que *desahogarse*. Severiana, que también tenía la nariz como un tomate, dijo: "De veras que ha sido un paso bueno, y poco se sintió el ruido del coche de Jacinta que partía, y Fortunata salió á la sala. Doña Lupe se despedía de la comandanta, ofreciéndole tomar diez papeletitas de la rifa de la colcha, y hacia una seña á Fortunata indicándole que era hora de retirarse. Dieron un vistazo y un apretón de manos á la enferma, y salieron. Cuando iban por la calle, doña Lupe, que comprendió cuánto había impresionado á su sobrina el encuentro con la señora de Santa Cruz, intentó dos ó tres veces aludir á esto; pero la prudencia retuvo su lengua. Prefirió hablar de las portentosas obras de aguja de la capitana, asegurando que si se presentaran en una exposición, se llevarían de calle todas las labores de este género que se hacen en España. ¡Qué limpieza de ejecución y qué manos!

IV

Antes de subir á su casa se separaron; doña Lupe subió y Fortunata entró en la botica, donde Maximiliano estaba solo, haciendo un emplasto. Fortunata, mientras su marido machacaba, le contó lo que había visto aquel día, recordando con feliz memoria todos los pormenores. El incidente y la visita de Jacinta fue omitido discretamente. Á Maximiliano le agradaba que su mujer se ocupase de cosas de beneficencia, viese buenos ejemplos y se familiarizara con aquellos cuadros hondamente hu-

manos de la miseria y de la muerte, pues sin duda serían más provechosos que los saraos y diversiones.

A la hora de comer se hablaba de lo mismo, y ponderaba doña Lupe la solemnidad conmovedora del acto de aquel día. Discutióse si volverían aquella noche á la calle de Mira el Río ó si irían á Variedades á ver una pieza; mas como Fortunata mostrase gran repugnancia á las funciones teatrales, prevaleció la contraria, y Maxi, muy complacido de aquella aplicación á las obras de piedad, prometió que las acompañaría y que iría á recogerlas á las once. "Y como no haya esta noche quien se quede á velar, me quedaré yo„—dijo doña Lupe, á quien nó se le cocía el pan hasta no dar á Guillermina aquella prueba de humildad y caridad. Opusiéronse á esto el sobrino y su mujer, diciendo el primero que bueno era lo bueno, pero no lo demasiado. La de Jáuregui, decía con admirable modestia: "Si yo no lo hago por buscar un elogio; si no hay en esto el menor asomo de mérito. Yo resisto perfectamente una noche sin dormir, y hasta dos y tres. De modo que...

Las ocho serían, cuando los tres entraban por el portal de la casa de corredor, y no fué poco su asombro, cuando vieron en el patio resplandor de hoguera y divisaron multitud de antorchas cuyas vivas y rojizas llamas presentaban fantástico aspecto. ¿Qué era aquello? Que los chicos de la vecindad habían pegado fuego á un montón de paja que en mitad del patio había, y después robaron al maestro Curtis todos los juncos que pudieron, y encendiéndolas por un cabo empezaron á *jugar al Viático*, el cual juego consistía en formarse de dos en dos, llevando las pajas á guisa de velas, y en marchar lentamente *echando latines* al son de la campanilla que uno de ellos imitaba y de la marcha real de cornetas que tocaban todos. La diversión consistía en romper filas inesperadamente, y saltar por encima de la hoguera. El que llevaba el copón bien abrigadito con un refajo atado al cuello, daba las zapatetas más atrevidas que se podrían imaginar, y hasta vueltas de carnero, poniendo todo su arte en recobrar la actitud reverente en el momento mismo de tomar la vertical. En fin, que semejante escena daba una idea de aquella parte del Infierno donde deben tener sus esparcimientos los chiquillos del Demonio. Fortunata y Maximiliano se detuvieron un rato á ver aquello; pero doña Lupe dirigió á la infantil tropa miradas y expresiones de desdén, diciendo que la culpa la tenían los padres que tal consentían. Severiana salió al corredor á pedir que callaran los que tanto alborotaban; y por poco se arma allí una nueva gresca, por las madres de algunos que salieron á su defensa. Tuvo que intervenir doña Lupe con frases de concordia, y terminó diciendo: "Si viniera por aquí mi amiga Guillermina, no consentiría estos escándalos."

Fortunata había pasado á la alcoba de Mauricia, que estaba sola, y Maxi se retiró di-

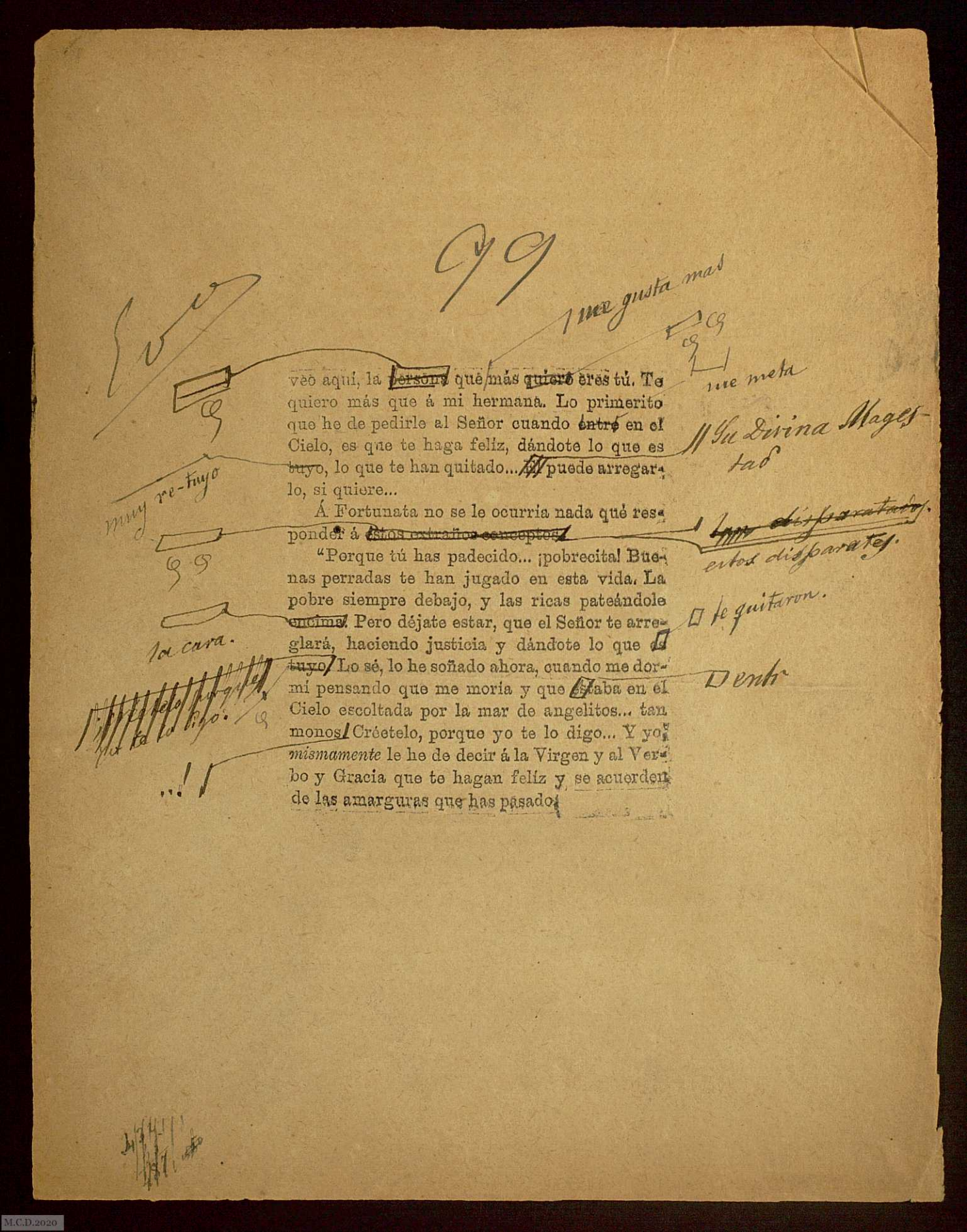
ciendo que volvería á las once. Estaba aquella noche la enferma sumamente inquieta, y lo poco que hablaba no era un modelo de claridad. El temor de pronunciar palabras malas parecía haberse desvanecido en ella, porque escupió de sus labios algunas que ardían. La memoria no debía estar muy firme, porque cuando Fortunata le dijo: "Sosiégate y acuérdate de lo de esta mañana„—replicó... ¡Lo de esta mañana...! ¿qué ha sido...?„ Y mirando con extraviados ojos al techo, parecía entregarse al doloroso trabajo de recordar. Más presente que la administración del Sacramento tenía el *paso* con su hija; ¡ay, qué paso!... "¿No vistes á *la* Jacinta?—preguntó á Fortunata, volviéndose de un costado y poniéndole la mano en el hombro... ¿Habló contigo?... Tú eres una sosona y no tienes genio... Si á mí me llega á pasar lo que te ha pasado á ti con esa [illegible], si el hombre mío me lo quita una [illegible] y [illegible] delante, ¡ay! por algo me llaman Mauricia la Dura. Si me la veo delante, digo, y me viene con palabras de [illegible] [illegible].. la cojo por el moño y así, así, le doy cuatro vueltas hasta que la acogoto...„ Uniendo la acción á la palabra, Mauricia hacía contorsiones violentas, se destapaba, rechinaba los dientes... No pudiendo sujetarla Fortunata, llamó á Severiana, que acudió al instante. "Está diciendo mil disparates... por Dios, vea usted de reducirla... Dele usted algo para que se calme, aguardiente...

"A mí no me puede nadie—gritó Mauricia con frenesí, los ojos desencajados, forcejeando contra los cuatro brazos que la querían sujetar. Soy Mauricia la Dura, la que le abrió una ventana en el casco á aquella ladrona que me robó el pañuelo, la que le arrancó el moño á la Pepa, la que le arañó la cara á doña Malvina la *protestanta*... Suéltame perra, indecente, ó de una mordida te arranco media cara. ¡Persona decen-

Si hay mas galera-
das, mandamelas
á casa de D. Miguel
á las 4, yo dejaré
mas corregidas,
para que esta tarde
che me den
los pliegos 17 y 18

té tú!... tú, que dejás un soldado pá tomar otro... tú, que tienes ya el corazón como la puerta de Alcalá, de tanta gente como ha entrado por él... Já, já, já... Loba, más que loba, asquerosa, judía, con más babas que un perro tiñoso... cara de escupidera, zurrón... verás cómo te arreglo... así, así, y te arranco la nariz, y te saco los ojos..." Por fin no eran voces humanas las que de sus labios llenos de espuma salían, sino rugidos de fiera acorralada y vencida. No pudiendo librar sus brazos de los vigorosos que la sujetaban, sus dedos se agarraban con epiléptico á lo que encontraban, y querían deshacer y rasgar la sábana y la colcha. El fatigoso mugido iba calmándose poco á poco, las contorsiones eran menos violentas, y por fin, cayó en un colapso profundísimo. La sedación era instantánea, y á la misma muerte y un morir súbito se parecía. Fortunata estaba aterrada. Severiana le dijo: "ya ha tenido esta noche tres achuchones de éstos, y anteanoche tuvo seis. Si viniera el médico la aplacaría dándole esos pinchacitos que llaman *yeciones*... ¿sabe? una gotita de morfina. Sin duda por esta frecuencia de los accesos dos veía Severiana con relativa calma, como los que se acostumbran á los espectáculos del dolor humano en las clínicas. Á poco de tranquilizarse Mauricia, la otra se dedicó á preparar la lámpara que debía arder toda la noche, un vaso con agua, aceite y una pajarita encima. Encendióla, y retiró en seguida el quinqué de petróleo, por cuyo chumado tubo salía un delgado hilo de llama y un tufo insoportable.

Media hora estuvo Mauricia como dormida, pronunciando en sueños retazos de palabras y fragmentos de expresiones groseras, como retumban en lontananza los dejos de la tempestad que ha pasado. Despertó luégo y con voz sosegada dijo á su amiga: "¿Estás aquí?... ¡qué gusto me da verte! De todas las personas que



99

veo aquí, la persona que más quiero eres tú. Te quiero más que á mi hermana. Lo primerito que he de pedirle al Señor cuando entre en el Cielo, es que te haga feliz, dándote lo que es tuyo, lo que te han quitado... El puede arregarlo, si quiere...

Á Fortunata no se le ocurría nada qué responder á estos extraños conceptos.

"Porque tú has padecido... ¡pobrecita! Buenas perradas te han jugado en esta vida. La pobre siempre debajo, y las ricas pateándole encima. Pero déjate estar, que el Señor te arreglará, haciendo justicia y dándote lo que es tuyo. Lo sé, lo he soñado ahora, cuando me dormí pensando que me moría y que estaba en el Cielo escoltada por la mar de angelitos... tan monos. Créetelo, porque yo te lo digo... Y yo, *mismamente* le he de decir á la Virgen y al Verbo y Gracia que te hagan feliz y se acuerden de las amarguras que has pasado.

Callóse un instante, y después de los dos ó tres suspiros que Fortunata echó de su pecho, volvió á hablar la enferma de este modo: "¿Has visto á Jacinta?... porque ella fué quien trajo á mi niña. Es un serafín esa mujer... Ahora cuando me pensé que estaba en el Cielo, la ví con un velo blanco encima de una nube... Estaba allí en medio de aquellos grandes corros de ángeles. ¿Será que se va á morir? Lo sentiré por mi niña. Pero Dios sabe más que nosotras, ¿verdad? y lo que El hace bien sabido se lo tiene... Pero dime, ¿hablaste con ella? ¿Le dijiste alguna cosa? Harías mal. Porque ella no tiene la culpa. Perdónala, chica, perdónala; que lo primerito para salvarse es perdonar á una parte y otra. Mírame á mí, que no hago más que lo que me dice el padre Nones y he perdonado á la Pepa, á la Matilde, que me quiso envenenar, y á doña Malvina la *protestanta* y á todo el género humano... ¡re...! párate boca que ya ibas á soltarlo... Pues sí, perdonar, créetelo porque yo te lo digo. ¿Ves qué tranquila estoy? Pues lo mismo estarás tú, y Dios te dará lo tuyo, eso no tiene duda... porque es de ley. Y por la santidad que tengo entre mí, te digo que si el marido de doña Jacinta se quiere volver contigo y lo recibes, no pecas, no pecas...

Fortunata creyó prudente mandarla callar, pues aquel concepto se armonizaba mal con la santidad de que hacía gala.

—Me parece—le dijo,—que si el padre Nones te oye eso, te ha de reprender... porque ya ves... quien manda manda, y está dispuesto que no sean las cosas así.

—Chica, chica... ¿tú qué sabes?... Yo estoy arrepentida de todo lo malo que he hecho; yo he perdonado á todo el mundo. ¿Qué más quieren? Esto que te digo es verbigracia, una idea. ¿No puedo tener una idea?... Cuando me muera, veremos, créetelo... El Señor me dirá que tengo razón...

Callóse fatigada y le recomendó silencio. De repente determinóse una brusca sacudida en su espíritu, y tomándole una mano á Fortunata y apretándosela mucho, le dijo con expresión de terror: